LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS

LA HERENCIA DE ARAUS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Representado en el Teatro Cervantes de Málaga

el 5 de Enero de 1903.

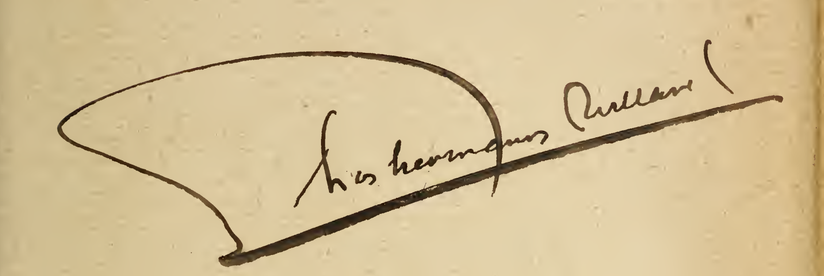


LAS PALMAS

IMP. Y LIT. DE MARTÍNEZ Y FRANCHY

1903

al grande actor Arturo



LA HERENCIA DE ARAUS

OBRAS

DE

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS

De la Tierra Canaria.—Escenas y paisajes.

Pepe Santana.—Novela.

Santiago Bordón.—Novela.

La Deuda del Comandante.—Novela dialogada.

Los Inertes.—Novela.

Nuestra Señora.—Novela.

Monsieur Charles.—Novela publicada en la Revista *El Museo Canario.*

Teatrillo.

Traducidas al francés por Mr. C. Saint-Saëns.

Cristophe Molinos (Cristobalito Molinos).

Noël (El Nacimiento).

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS

LA HERENCIA DE ARAUS

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Representado en el Teatro Cervantes de Málaga el 5 de Enero de 1903.



LAS PALMAS
Imp. y Lit. de Martínez y Franchy
1903

Á Emilio Thuillier

Testimonio de gratitud y admiración de

LOS HERMANOS MILLARES.

PERSONAJES

Eva Rubens.	Ana Ferri.
Margarita de Araus . .	Isabel Luna.
Madre Angustias. . . .	María Anaya.
Lorenzo de Araus . . .	Emilio Thuillier
Don Pablo de las Heras .	José Raussell.
El primo Alejandro. . .	Arturo La-Riva.
El abogado Mendoza . .	Victor Pastor.
Matías Acero	Antonio Torner.
Un criado	Rogelio López.
Los invisibles de la selva.	
Servidores de la Casa-Araus.	

La obra se publica íntegra; pero en las representaciones ha sido necesario recortar algunas escenas.

ACTO PRIMERO

En el viejo caserón de los Araus, que la Selva rodea y estrecha por todas partes, una sala inmensa, vetusta, que comunica por dos puertas á la izquierda con el dormitorio de Lorenzo y con las galerías. A la derecha, en primer término, una chimenea donde arden los sarmientos, junto á ella un trofeo de armas antiguas. En el fondo, dos grandes ventanas con vidrios de colores y entre ellas un ancho portalón por el que se divisa una alameda de árboles que se pierde en el bosque.

La ornamentación y el mobiliario pertenecen al siglo XVI. Ejemplares raros, tallados. En el centro una mesa cuadrada con piés en forma de garra. Otra, delante de la ventana de la izquierda, con un candelabro de bronce. En el segundo término de la derecha, por detrás de la chimenea, un viejo clavicordio abierto y apoyado en el muro. Tapices en las puertas, excepto en la del fondo, cuadros en las paredes cuyo asunto no puede distinguirse según están manchados y ennegrecidos por el polvo y el agua que cayó de las goteras del techo.

Sobre la mesa central, papeles y un plano abierto en toda su extensión: Mendoza lo examina atentamente. Doña Margarita trabaja junto al otro extremo de la mesa en una obra de manos. Llega á intérvalos el rumor inmenso de la selva sacudida por el viento: breves ráfagas de lluvia golpean en los cristales con metálico

rumor. La luz de la lámpara alumbra solamente la mesa y el grupo; el resto de la estancia se pierde en la penumbra.

MENDOZA.

¡Curioso!... Esto sí que es realmente curioso y hasta extraordinario... Margarita... vea usted.

MARGARITA.

¿Ese papelote inmenso que usted examina con tanta atención?...

MENDOZA.

Es el plano de la finca, sí señora, de esta espléndida posesión que se extiende alrededor de nosotros por todas partes, leguas y más leguas de bosque profundo, inexplorable...

MARGARITA.

¿Y dónde ha encontrado usted ese documento? ¿En el archivo?

MENDOZA.

No, amiga mía. Y eso es lo curioso. Supongo que en el archivo de la Casa de Araus existirá un plano de este dominio, que forma parte del patrimonio familiar desde los tiem-

pos de la Conquista. Pero éste, el ejemplar que usted ve, es obra de su sobrino.

MARGARITA.

¿Obra de Lorenzo?

MENDOZA.

Del loco. Y en verdad que obra de loco no parece. Es admirable. Aquí están perfectamente señalados todos los detalles del terreno. Este círculo, trazado con tinta negra, es la Umbría... más abajo, esta línea verde, representa el barranco de la Garza, donde estuvimos Pablo y yo esta mañana... y esta otra raya sinuosa es la Bóveda de plata, la alameda infinita de álamos blancos que recorre casi toda la finca y viene á morir en las cercanías de la casa. ¡Qué trabajo tan minucioso! ¡Y obra de un loco! ¡Si parece mentira!

MARGARITA.

Tal han de parecerle muchas de las acciones y palabras del pobre muchacho.

MENDOZA.

Deseo mucho tratarle, conocerle íntimamente. Apenas si le he visto en los días que

llevo viviendo en este viejo caserón. Por lo visto se pasa la vida en la Selva.

MARGARITA.

Sí, allí está su verdadera casa.

MENDOZA.

Pablo me ha asegurado que se trata de un caso curiosísimo, un caso de locura mística, pero de una índole excepcional... y eso es lo que yo deseo... estudiar... estudiar. (Examina de nuevo el plano.)

MARGARITA. (Volviendo la cabeza hacia las ventanas del fondo.)

¡Cómo crece el clamor de la Selva! Ya Pablo debería estar de vuelta.

MENDOZA.

¡Hola! ¿Qué significan estas líneas trazadas con tinta roja? Parecen regueros de sangre que corren caprichosamente aquí y allí y á trechos se detienen y se ensanchan, como si dibujaran la carrera de un ciervo herido, acosado por los cazadores... ¡Ah, sí, ya comprendo! Otra cosa sorprendente... es la indicación de los estudios que ha hecho Pablo en el terreno la semana última: la vía férrea en proyecto, que

ha de enlazar á Pobleda con la futura serrería eléctrica... Aquí el sanatorio con su gigantesco balcón de mármol sobre el panorama verde y profundo del valle. Unicamente faltan indicaciones acerca de la laguna. Los regueros de sangre se detienen á mucha distancia. Sin duda Lorenzo no ha llegado á penetrar en este punto los proyectos del Ingeniero.

MARGARITA.

O piensa que nadie ha de atreverse á tocar aquel rincón de la hacienda, que respeta y adora como un fanático... hasta el punto de nunca hablar de él.

MENDOZA.

Sí, ya sé que aquello es una tumba. Allí fué donde su padre...

MARGARITA.

Allí fué donde murió Angel. Se arrojó desde el montón de rocas negras y salvajes que por un lado dominan la laguna. A los dos días el cadáver apareció entre las cañas de la orilla.

MENDOZA.

¿Era jóven aún?

MARGARITA.

Treinta y cuatro años.

MENDOZA. (Ha dejado el plano y atiende con extraordinaria curiosidad á las palabras de ella.)

Era aún muy jóven. ¿Y la causa?

MARGARITA.

¿Quien podría definirla? Era un ser tan extraño. Un fanático de la vida interior. La presencia de los demás parecía ofenderle. Casi nunca hablaba. Vivía allí, en la Selva, en la sociedad muda de los viejos árboles.

MENDOZA.

Como su hijo.

MARGARITA.

Sí, pero no había en él la devoción á la tierra, la adoración estática á la Naturaleza, de de mi pobre sobrino. ¡La selva! Para Lorenzo es la madre, la única, la adorada. El otro la buscaba como un refugio á su eterno, su incurable dolor, como se busca la sombra de una estancia oculta y solitaria, para que nos acostumbre á la otra sombra irrevocable de la muerte.

MENDOZA.

Fueron ustedes compañeros de infancia...

MARGARITA.

¡Cuántas veces nos dormimos juntos, con las mejillas apoyadas en la página de un libro, aquí, sentados junto á esta mesa! Entonces, como ahora, la noche impenetrable envolvía la inmensa arboleda y el viento llegaba, llegaba hasta los muros, viniendo desde muy lejos, de los antros profundos de la montaña y llamaba empujando á los cristales. Como ahora... ¿Oye usted?

MENDOZA.

El viento del sur. Desde la tarde sopla con fuerza.

MARGARITA.

No se burle usted. Es que no puedo sustraerme al sobresalto que me produce el rumor eterno del bosque, las sacudidas de las ramas. Ahora fué tan brusca, de tan lejos venía y de tal modo se agigantaba al acercarse, que me pareció que llamaban á los cristales y se metían los árboles por la puerta.

MENDOZA.

Sin duda los recuerdos del tiempo viejo que acabamos de evocar. He sido tal vez imprudente.

MARGARITA.

No. Todas las noches la misma obseción me atormenta y me fatiga.

MENDOZA.

¿Una obseción?

MARGARITA.

La del bosque acechando á mi espalda.

MENDOZA.

¿Acechando?

MARGARITA.

Sí, acechando, poniendo apretado cerco al viejo caserón de Araus como si esperase el instante de asaltarlo, de invadirlo por esos huecos siempre abiertos de par en par.

MENDOZA.

Y así lo pensaba usted desde niña. Y Angel también. No sabe usted cuanto me interesa, Margarita.

MARGARITA.

Sí, así lo pensaba desde niña. Y ahora, al habitar de nuevo esta casa despues de tantos años de ausencia, he sentido una impresión extraña, como si el tiempo no hubiese transcurrido, como si yo fuese aun la chiquilla huérfana que con el pobre Angel pasaba aquí las vacaciones en la horrible compañía de los tíos. Me pareció al entrar que de nuevo iba á encontrarme en presencia de aquellas dos figuras grotescas y terribles, que al volver la cabeza iba á descubrir el sillón de ruedas silenciosas en que el tío Juan rodaba su cuerpo de gigante paralítico en acecho de los servidores infieles para cogerles de improviso con su garra y gozar, como un viejo caníbal, entregándose al horrible placer de morderles los dedos.

MENDOZA.

Espere usted. A ese bárbaro le llamaban *Iván el terrible.*

MARGARITA.

¿Como lo sabe usted?

MENDOZA.

Es que entre los papeles del loco, además

del plano de la finca, hemos sorprendido un árbol genealógico de la familia de Araus. Hecho por él. Vea usted. Obra preciosa. No falta ni un nombre. Ni una fecha.

MARGARITA.

Pues sí, fué nombre dado por mi primo Angel. De pequeño él le llamaba *Tio Iván* al balbucear su nombre; más tarde le llamamos *Iván el terrible.*

MENDOZA.

Aquí está. Vea usted. Don Juan de Araus el maestrante. (Mostrando la casilla del árbol.)

MARGARITA.

Ese. Mordía lo mismo en carne fresca que en carne vieja. ¡Cuántas veces, abusando de la inocencia de la tía Margarita, la llamaba ofreciéndole caricias y, al alcanzarla, le mordía los dedos, mientras ella, contrahecha y temblorosa, ahogaba sumisa los gritos de dolor! Y todo por motivos insignificantes, porque había olvidado las llaves ó había dado pan tierno á la servidumbre.

MENDOZA.

Aquí está la casilla. Margarita de Araus, jorobada y mártir.

MARGARITA.

Mártir, sí, la víctima de todos, de nosotros mismos que sentíamos repulsión y miedo hacia su deformidad y nunca supimos entender el ánsia, la sed de cariño que secaba sus labios. Su recuerdo es para mí un remordimiento. Nos infundía aun más terror que Iván. Una noche desperté despavorida y la ví, acostada á los piés de mi cama, acariciándome y canturreando en voz baja. Ahora comprendo lo que decían aquellos ojos de bestia sumisa, lo que pedía aquella boca crispada por el terror y la esperanza: pedía besos; pero entonces sentí sólo un miedo que me enloqueció y saltando de la cama fuí á caer sin conocimiento en la galería. ¡Pobre vieja! La muerte fué para ella el indulto de una condena despiadada y feroz.

MENDOZA. (Leyendo)

Muerta á manos de Iván el terrible en un acceso de...

MARGARITA.

¿Quién sabe lo qué pasó? Es una sospecha.

MENDOZA. (Continuando)

En un acceso de locura.

MARGARITA.

¡Maldita palabra!

MENDOZA.

Perdone usted. Así está escrito.

MARGARITA.

Eso no es ya de mi tiempo. Yo estaba entonces á salvo en el convento. Con los tíos sólo vivía el pobre Angel y quien sabe si desde entonces su espíritu padecía las alucinaciones que le llevaron al suicidio?

MENDOZA. (Levantándose)

¡Qué impresión tan extraña se desprende de todo esto! Diríase que no vivimos en plena edad contemporánea, á pocos kilómetros de un centro de población industrial y cosmopolita. Me olvido hasta de nuestras personalidades. Usted, mujer de un ingeniero ilustre, Pablo de las Heras; yo, abogado cincuentón, prosáico

y burgués. Paréceme que vivimos en lejana época de ensueños y de consejas, que hemos retrocedido en la sombra misteriosa de los tiempos y que por allí ha de aparecer de pronto la figura del viejo Iván, petrificado en el sillón de ruedas y detrás el espectro de la tía Margarita, jorobada y mártir.

MARGARITA.

¡Por Dios! ¡No siga usted! (Levantándose)

MENDOZA. (Riéndose)

¿Usted también, usted también amiga mia?...

MARGARITA.

¿No ha oido usted?

MENDOZA.

¿Qué es ello?

MARGARITA.

Otra vez el grito de la selva, la queja inmensa de la soledad y de la noche que entra por las ventanas.

MENDOZA.

Nada oigo... Ah, sí, muy lejano, confundido con el rumor del viento y de la lluvia, el tañido de una campana...

MARGARITA.

La campana del portón.

MENDOZA.

¿Del portón?

MARGARITA.

Sí. La agita desde fuera el que llega. Su sonido se oye en toda la casa.

MENDOZA.

Lo que dije. En plena edad media.

MARGARITA.

Es Pablo que llega.

MENDOZA.

Al fin voy á conocer á Lorenzo de Araus.

MARGARITA.

¿Le mirará usted con simpatía, Mendoza? ¿Tendrá usted compasión del pobre muchacho?

MENDOZA.

Amiga mía, ya lo sabe usted. Aquí no paso de ser un auxiliar humilde y entusiasta. No me pida usted nada que contraríe el pensa-

miento sublime de su marido. Soy un admirador, un devoto apasionado y un instrumento dócil. Nada más.

(Dentro y muy cerca una voz de tenor algo averiada entona las primeras notas de una canción.)

MARGARITA.

No es Pablo.

MENDOZA.

¡Oh, sorpresa, es el gran Alejandro ó Alejandro el Grande! Reconozco la fermata.. la misma de hace veinte años.

(Por la puerta de la galería aparece Alejandro con impermeable y traje, en el cual, como en los afeites del rostro, se descubre el ánsia de adobar los restos de su pasada juventud.)

MENDOZA.

¡Alejandrito! No doy crédito á mis ojos. ¿Usted aquí? ¿A estas horas?

ALEJANDRO.

¡Silencio!... Sí... Yo mismo. Buenas noches, primita. Salud, viejo letrado.

MENDOZA.

¿Usted aquí, á tantas leguas del Casino de Pobleda?

ALEJANDRO.

¡Ah, si supierais!...

MENDOZA.

¿Qué significan esos aspavientos?

ALEJANDRO.

¿Pablo?

MARGARITA.

En la selva. Ha ido esta tarde á colocar los jalones de la vía férrea.

ALEJANDRO.

Bien está. Le esperaré. ¡Oh, no me preguntéis nada! No me arrancareis una sola palabra. Silencio absoluto.

MENDOZA.

Bueno, bueno, silencio absoluto.

MARGARITA.

¿Y llegas ahora de Pobleda?

ALEJANDRO.

En este instante. Dos horas de tren, y tres largas de montería en pésima cabalgadura, con viento y lluvia. ¡Mis pobres huesos! Han crujido en todos los tonos, como las piezas

de un mueble desvencijado. Dejadme respirar.

MENDOZA.

Respire usted cuanto quiera. Así y todo no sabremos nada de la descomunal noticia que usted se trae en el cuerpo, que grande debe de ser, segun quiere escapársele por todos los poros.

ALEJANDRO.

Tiene razón el curioso letrado. Grande, inmensa, descomunal.

MARGARITA.

No habrá sucedido una desgracia...

ALEJANDRO.

¡Cá, primita! ¿Desgracia? Lo diametralmente opuesto. La salud, la salvación, la alegría. Ya vereis...

MENDOZA.

Ya veremos, que todo se resolverá en la vaciedad ampulosa de una oleada de palabras.

ALEJANDRO.

¿Palabras? No me sofoque usted, señor mío. Yo podría confundirle diciéndole que traigo

aquí entre los pliegues de mi toga la solución, la solución inutilmente buscada por el ilustre ingeniero. Pero no le confundiré. No quiero confundirle.

MENDOZA.

¿La solución?

ALEJANDRO.

¡La solución, si señor! Yo, espejo de los inutiles, caballero de la Orden universal de la holgazanería, marqués de la siesta perpétua, enterrador sempiterno de las horas muertas, yo, Alejandro del Busto y de las Heras, os traigo la solución que inutilmente buscó mi excelso primo, uno de los matemáticos más distinguidos de nuestra edad.

MENDOZA.

Caso sorprendente en efecto.

ALEJANDRO.

Yo el eterno despreciado, el pária de la familia me constituyo en colaborador de la magna empresa, del filantrópico pensamiento. Me declaro bienhechor de la humanidad.

MENDOZA.

Acabará usted por hacerme reir.

ALEJANDRO.

Acabaría usted mal, amigo Mendoza.

(Un criado aparece en la puerta de la galería.)

CRIADO.

El señor don Pablo pregunta si ha llegado ya el señorito Lorenzo.

MARGARITA.

¡Cómo! ¿Ya Pablo está aquí?

CRIADO.

El señor llegó hace un instante. Está en el despacho quitándose el impermeable.

MARGARITA.

Voy allá. Que no echen aún los cerrojos del portón. El señorito no ha entrado todavía.

(Salen doña Margarita y el criado.)

ALEJANDRO.

Al fin, se acerca el momento.

MENDOZA.

Si, demos gracias á Dios, porque si más hubiera tardado, la fuerza expansiva del secreto hubiera hecho estallar como una bomba á este mártir de la discreción.

ALEJANDRO.

Bomba será. Ya verá usted el efecto. (Llevándole hacia la ventana de la derecha.) ¿No distingue usted desde aquí el pabellón? ¿Una ventana iluminada? Pues allí, allí reside el misterio, el enigma...

MENDOZA.

¿La solución?

ALEJANDRO.

Eso, eso. La solución.

MENDOZA.

Misterio... Enigma... ¿Quién acierta á descifrarle?

(Margarita y Pablo de las Heras, llegan por la puerta de la galería.)

MARGARITA.

Entra pronto, tus manos son de hielo.

PABLO.

Hace frío y humedad debajo de los árboles. ¡Cuánto árbol! Es una muchedumbre inmensa, inacabable. Salud, Mendoza. Bienvenido sea Alejandro el Grande.

ALEJANDRO. (Solícito.)

¿Y tu salud? ¿El reuma?

PABLO.

Mejor estoy.

MARGARITA.

¿No estaba Lorenzo contigo?

PABLO.

No, separóse de mí allá abajo, en una de las vueltas de la Bóveda de plata. No hay temor de que se pierda. Conoce á maravilla ese endiablado laberinto y además Matías Acero le vigila y no le pierde de vista.

MENDOZA.

¿Quién es ese?

PABLO.

Matías Acero, el talador de árboles. Un monomaniaco de la destrucción. Derriba los

árboles por manía, por el placer bestial de verlos en el suelo.

MENDOZA.

Un auxiliar de la obra...

PABLO.

Auxiliar mezquino. ¡Son tantos, tantos!... Cubren leguas y leguas. Bajo su sombra colosal, la tierra yace enfermiza, infecunda, ansiosa de recibir el beso del sol... ¿Qué haciais? ¡Ah! ¿Estudiabais el plano de la finca?

MENDOZA.

Hecho por tu sobrino. Un trabajo admirable. Mira. Hasta la indicación de tus proyectos, trazada con tinta roja.

PABLO.

Lo sabía. (Contemplando el plano, absorto en su idea fija.) ¡Cuánta riqueza! ¡Cuánta inmensidad! Un mundo arcano, una entraña fecunda, cerrada para siempre á la obra viril de la generación. ¿Comprendes ahora mi impaciencia, mi desesperación al verme detenido por una mísera cuestión legal?

MENDOZA.

Los obstáculos están á punto de desaparecer.

PABLO.

¿Cómo?

MENDOZA.

Aquí tienes á tu primo Alejandro, que ha venido expresamente de Pobleda, arrostrando el frío y el cansancio, para traerte la solución.

PABLO.

¿Alejandro?

MENDOZA.

Ha llegado el momento. Venga la explosión.

ALEJANDRO.

Pues bien, sí. Algo ha de concederse al ingenio y mucho á la experiencia de la vida. Si me negais el ingenio, me queda la experiencia.

MENDOZA.

¿Experiencia usted, el eterno niño?

ALEJANDRO.

Dejadme hablar.

PABLO. (Sentado junto á la chimenea.)

Sí, concedámosle la palabra. Más tarde hablaremos seriamente.

ALEJANDRO. (En pie, habla con tono enfático y persuasivo.)

¿Sabeis en qué ocupaba todos los momentos de mi vida en Pobleda, esos momentos que vosotros creiais consagrados al ócio, ó tal vez á otra cosa peor? Pues en meditar en el proyecto sublime de mi primo el ingeniero. Sublime, *c' est le mot.* Y yo pensaba: Pablo se propone desmontar la selva inmensa, conquistar para la industria y para la vida moderna el antiguo patrimonio de la Casa Araus, despertando los gérmenes dormidos en la fecunda tierra, canalizando, regando, utilizando los viejos troncos en construir viviendas, palacios, buques que lleven la riqueza y la civilización á ignotas y apartadas regiones ..

MENDOZA.

¡Bravo! ¡Un aplauso al lírico arrebato!

ALEJANDRO.

¿Y todo esto, la empresa humanitaria y salvadora, habría de paralizarse, de fracasar tal

vez por la obstinación imbécil de un loco? No; no puede ser. Y entonces surgió en mi mente, como en la del poeta, el súbito destello de la inspiración, la idea luminosa.

PABLO.

Basta, Alejandro. Hazme el favor de bajar de la tribuna. Si has tenido una idea feliz, lo que me permito dudar, díla sin preámbulos.

ALEJANDRO.

¿Lo dudas? No tardarás en convencerte. (Cambiando de tono.) Vamos á ver. ¿No es cierto que el único obstáculo á tus planes es el hallar una fórmula ajustada á derecho por la cual este patrimonio, el patrimonio de la Casa Araus pase á manos de tu mujer, ó sea á las tuyas, quedando á tu libre disposición para transformarlo, para convertirlo en instrumento de vida y de progreso?

PABLO.

No quiero el despojo.

ALEJANDRO.

¿Es este ó no tu pensamiento?

PABLO. (Impaciente.)

Bueno, sí. Continúa.

ALEJANDRO.

¿No es cierto que al llegar aquí, impaciente por comenzar la obra, con todos los planos hechos, con todos los capitales reunidos, tropezaste con la dificultad invencible, con el derecho de ese Lorenzo, cuya incapacidad no aparece claramente definida, del dueño legítimo de la tierra, que en ella pasa la vida, en perpétua adoración de la naturaleza salvaje, soñando con un ideal vago, que él, menos que nadie, puede precisar y que ha de venir no se sabe de dónde? Pues bien, yo resuelvo la dificultad y corto el nudo de un solo tajo.

PABLO.

¿Cómo?

ALEJANDRO.

Proporcionándole al loco el ideal con que sueña.

MENDOZA.

Palabras... Obscuridad completa...

ALEJANDRO.

¡Hechos... La luz!

PABLO.

Explícate.

ALEJANDRO.

Busquemos un ideal, démosle carne, nervios y piel y el ideal hará del loco lo que nosotros queramos que haga el ideal.

MENDOZA.

Falta buscar el ideal.

ALEJANDRO.

El ideal está encontrado. El ideal, señores, es una mujer.

MARGARITA.

¿Una mujer?

PABLO. (Inclinándose con interés.)

¿Como dices?

ALEJANDRO.

¿Qué pensais de mi ingenio? ¿Qué de mi experiencia? ¡Oh, no en vano me he quemado las pestañas hojeando el gran libro femenino,

desde el voluminoso infolio hasta el ligerísimo inoctavo!

PABLO.

Sigue, sigue. ¿Y esa mujer?

ALEJANDRO.

Llegaría á esta casa de un modo misterioso y poético, como una enviada de la Selva, de la Virgen Natura, obediente al fin á la invocación estática de su eterno adorador. ¡Oh, que preciosa *mise en scene!* Seguid con la imaginación mi plan sencillo, factible, de éxito seguro. Una noche, esta noche por ejemplo, cuando Lorenzo, á solas en esta sala, con las luces encendidas, rodeado de flores, abiertas las ventanas á la soledad rumorosa de la Selva, invoque en su crisis habitual de locura al ideal, el ideal vendrá, surgiendo de la sombra, como un mensajero de los árboles, de las fuentes, de todos los seres sanos y fuertes, cuya vida confusa y misteriosa palpita afuera en la noche. ¿Veis el efecto? Una mujer guapa (tiene que serlo) que cae en los brazos de Lorenzo, del purísimo Lorenzo, lanzada, empujada por el ramaje entre una lluvia de hojas y flores... El efecto se llama pasión, delirio...

MENDOZA.

No está mal. Y absoluto dominio, omnipotencia sobre los sentidos y sobre el alma.

ALEJANDRO.

Eso.

PABLO.

¿Y si así no fuera?

ALEJANDRO (En voz baja.)

Agotamiento. . lenta extinción de lo que aún llamea débilmente en ese espíritu.

MARGARITA.

¡Calla! No sigas. Eso nunca será. Tu plan diabólico subleva mi alma.

PABLO. (Levantándose pensativo.)

Margarita, espera. ¿Para qué adelantar opiniones que luego habrás de rectificar? Alejandro, tu idea es digna de estudio.

ALEJANDRO.

¡Victoria!

MARGARITA.

¡Pablo!

PABLO.

Debo confesar que me has sorprendido. Has revelado un conocimiento de los rincones humanos que nunca en tí hubiera sospechado.

MARGARITA.

¿Pablo, como es posible?...

PABLO. (Sin oirla.)

Aportas la substancia maligna, la levadura malsana que fermenta en todas las empresas de los hombres, hasta en las más nobles y grandiosas. Sin lágrimas, sangre ó lodo, nada es posible de estrellas abajo. Repito que la idea es digna de estudio y que la estudiaremos.

ALEJANDRO.

Pero si no he terminado...

MENDOZA.

¿Falta algo?

ALEJANDRO.

Falta lo principal... El ideal está aquí.

MARGARITA.

¿Aquí? ¿Una mujer perdida en esta casa?

ALEJANDRO.

Precisamente en la casa, no. Está en el pabellón. Allí espera el momento de entrar en escena.

MARGARITA.

¿Alejandro, como has podido?...

ALEJANDRO.

Perdona, primita. Era una ocasión única. En Pobleda, ni en parte alguna, se encuentra un ideal al volver de cada esquina.

MENDOZA.

¿Pero quién es ella?

ALEJANDRO.

Os lo diré en confianza. Prima, si ofendo tus oidos, apártate un momento. Es un ideal... un poco averiado, debo confesarlo, pero con menos se contentan muchos que nada tienen de locos. Cantante en otro tiempo, alcanzó fugitiva notoriedad en los teatros de América bajo el nombre de guerra de Eva Rubens. Perdió luego la voz y rodando, rodando, vino á caer... no muy bajo, pues no creo que de tal modo califiqueis estos brazos.

PABLO.

¿Y respondes de ella?

ALEJANDRO.

En absoluto. Instrumento dócil, mano que ejecuta.

MARGARITA.

Mano impura, que mancha á los que la dirigen.

ALEJANDRO.

No lo creas. Beatriz, este es su nombre en la actualidad, no es una mujer depravada. Viene á esta empresa por curiosidad, seducida por el aspecto artístico y fantástico de ella. ¡Ah! Ya vereis. ¡No es una mujer vulgar Eva Rubens! Gran imaginación, desinterés absoluto.

MENDOZA.

Diga usted que es un angel.

ALEJANDRO.

Nunca, nunca. Ya he dicho que es un ideal... aceptable.

MARGARITA.

Pablo, Mendoza, es imposible que vosotros acepteis esa farsa indigna, falsificación innoble del amor y del ideal. Vais á abrir las puertas de esta casa á la mentira, á la mentira que es la degradación y la muerte.

ALEJANDRO.

¿La mentira? Pase... pero será la mentira piadosa que tantas veces ha encantado la vida de los humanos, haciéndoles esperar y creer en la felicidad. La misma que tú y los tuyos convirtieron en dogma divino y, temerosos de que se descubriera el mito, alejaron y ocultaron tras las barreras de la muerte. ¿Qué importa ni significa que yo, en este caso aislado, traiga y ofrezca una mentira como juguete al pobre loco, cuando ustedes engañan desde el principio del mundo á toda la humanidad, brindándole la patraña sublime de la otra vida?

MARGARITA.

Ahora sí que creo y te digo, Pablo, que no has de triunfar y que si triunfas, tu triunfo será una vergüenza.

PABLO.

Entramos en un período de discusión estéril. Ya no es tiempo de hablar.

MARGARITA.

Baja de las nubes, cierra los libros y al volver á la tierra, escucha á nuestro pariente para que conozcas cómo están hechos tus aliados, qué fin les atrae á tus planes y dónde ha de parar la herencia de los Araus, la herencia, humana que tú pretendes salvar de las manos inconscientes de un loco.

PABLO.

Silencio... Alguien llega por el sendero del bosque y sube á la estancia.

ALEJANDRO.

Es él sin duda. La aventura empieza. *S'alza il sipario.*

MARGARITA.

No es él. Es Matías, Matías Acero.

Matías Acero se detiene en la puerta del fondo, mirando hacia afuera.

PABLO.

¿Qué pasa, Matías?

MATÍAS.

¿No ha llegado aún?

PABLO.

¿Lorenzo?

MATIAS.

El señorito.

PADLO.

Has corrido. Te falta el aliento.

MATÍAS.

¡Si supiera su merced!...

PABLO.

¿No le seguiste esta tarde, como todas?

MATÍAS.

¡Que si le seguí! Como siempre. Pegado á sus talones. No sabe su merced lo difícil que es seguir á un inocente... Ya camina despacito, despacito, como si fuera detrás de una procesión, pisando tan quedo y con tanto respeto, como si las hierbas y los musgos se volvieran alfombras de una iglesia y los árboles fueran cirios y monumentos... Y de repente... hay que verle correr como una exhalación, como

si alguien en un gran apuro le llamase... Y de golpe se queda parado, mirando embobecido... ¿Qué, mi señor? Pues nada, una araña que acecha en el centro de su tela, una abeja que sale zumbando de una flor, ó un rayo de luz que corta la negrura del bosque como un sablazo.

MARGARITA.

Pero, ¿dónde has dejado á Lorenzo?

MATÍAS.

El señorito... Déjeme su merced respirar... Pues el señorito, en poco estuvo que no me descubriera esta tarde, cuando le iba á hacer *la operación* á uno de esos condenados...

PABLO.

Ya te he dicho que no apruebo esa estúpida manía. ¿Qué te han hecho los árboles para que así los aborrezcas?

MATÍAS.

Perdóneme mi señor. A mí nada. Es cosa natural... ¿comprende?... una cosa heredada, como si dijéramos. No puedo ver uno sin que se me encienda la sangre aquí dentro. Cuando

son altos, muy altos, porque á los chicos los desprecio.

MENDOZA.

¡Vaya un tipo curioso!

ALEJANDRO.

A primera vista no se le entiende. Hay que verle gozar y reir como un salvaje, en el instante de caer el enemigo.

MATÍAS.

Claro que el verles caer es una fiesta; pero... ¡ah, mi señor!... no hay delicia como aquella de meterles el hacha en la entraña y verles sangrar, porque sangran como las criaturas humanas. Y también hablan y gritan y se quejan como nosotros. Pregunten al señorito. Esta tarde era un tilo, pero... ¡tan grande, tan empinado!... Así como una mujer, una muchacha elegante... El señorito se estaba mirando en él... Le llamaba la Virgen de la Umbría... pero yo le tenía puesto el ojo y me decía:—¡Tú caerás! ¡Tú caerás! Y luego, mi señor, que estaba enmedio de la línea...

MENDOZA.

¿De qué línea?

MATÍAS.

De la línea del ferro-carril que está haciendo mi señor. ¡Tú caerás! ¡Tú caerás! Pero el inocente no se apartaba de aquel sitio, del lindero de la Umbría. Me llegué á figurar que los condenados le habían advertido del peligro que corría la Virgen. Hasta que al fin empezó á caminar vereda abajo... entonces agarro el hacha, la levanto, voy á dar el golpe, cuando el señorito se vuelve tan súbito que apenas tuve tiempo de saltar detras de unas peñas... El hacha allí quedó... yo corrí dando un rodeo inmenso por los Alamos... y no por miedo, pobre inocente, sino por miedo á mí mismo... Porque yo me dije «si me alcanza me ofende y si me ofende, ¿quién sabe lo que puede suceder?»

MENDOZA.

¿De modo que la Virgen se salvó?

MATÍAS.

Ya caerá, ya caerá. Descuide mi señor.

(Suena la campana del portón.)

MARGARITA.

¿Habeis oído? Ahora sí que llega Lorenzo.

MATÍAS.

Con permiso de mi señor, me retiro. No conviene que me vea. Y pregúntenle, pregúntenle... El les dirá que los árboles hablan y rien y lloran. Cuando le ven á él, se alborozan, levantan las ramas, así como si quisieran abrazarle... Cuando me ven tiemblan y se encolerizan y alargan los brazos para extrangularme (rie) Vuelvo allá abajo, al lindero de la Umbría. La muchacha está en la línea, créame á mí, señor, y hay que quitarla. ¡Aunque llore sobre mí todas las lágrimas de sus hojas, caerá... caerá!

(Lorenzo entra por el portón cargado de flores humedecidas por la lluvia, con el hacha que encontró en el bosque medio oculta entre las hierbas. Se detiene sin saber si avanzar ó retroceder.)

PABLO.

¿Por qué vacilas? ¿Es que te molestamos?

MARGARITA.

Entra, hijo mio. ¿Qué tienes? ¡Oh, qué flores tan bellas!

LORENZO.

Hijo mio me llamó... Bellas á mis flores... (En voz baja.) ¡Qué palabras tan hermosas para recibirme! No se puede llamar hijo ni bello sino á lo que se ama.

MARGARITA.

¿Quién podría dudar de que te quiero?

LORENZO.

Nadie, nadie. Sobre todo esta noche. Desdichado del que esta noche dudara del amor.

MARGARITA.

Ni esta noche, ni nunca.

MENDOZA.

¿Y por qué esa excepción en favor de esta noche?

LORENZO.

¿Que por qué esta noche? ¿Pero ustedes no lo ven? ¿No lo sienten cuando menos? (Silencio.) Esta noche todos son presagios. Hay... una cosa... tal vez un sér humano, que se esconde en el bosque, que se oculta y huye y escapa cuando se le persigue.

MENDOZA.

¿Un sér humano?

LORENZO.

Tal vez... No pude distinguirle, pero le sentí á mis espaldas, en acecho, sentí el peso de sus miradas y la obsesión de su presencia y corrí tras él con mi carga de flores... No pude alcanzarle.

PABLO.

Algún cazador furtivo, algún vagabundo...

ALEJANDRO.

Quizás algún carbonero á quien sorprendiste robando leña.

LORENZO.

Nó, esos no huyen de mí, esos me conocen y me buscan... Era otro... otra cosa... no sé...

MARGARITA.

Descansa.

LORENZO.

Y esto es lo que me confunde. Esto. (Móstrando el hacha.)

ALEJANDRO.

¡Un hacha!

LORENZO.

Sí: resplandecía entre la hierba, como si el sér misterioso la hubiese arrojado á mis piés.

MENDOZA.

Leñador tenemos.

LORENZO.

Nó, no era un leñador. Lo he pensado mucho, mucho, allí, en el bosque donde mi espíritu se aguza y sutiliza de tal modo que entiendo lo que fuera de él incomprensible me parece.

ALEJANDRO.

¿Y qué piensas de tu hallazgo?

LORENZO.

Pensé... ahora dudo, divago... pensé que era un dón del sér enigmático que se esconde en mi bosque para que armado con él defendiese mi puesto de protector y vigilante, allí, ante las encinas y los tilos que marcan la linde. (Su actitud reproduce sus palabras.)

MARGARITA.

¡Oh, tú no matarás!

LORENZO. (Con angustia.)

¿Verdad que no? Usted lo dice y me conoce. Yo no sería capaz de dar la muerte.

MARGARITA.

Cálmate, pobre niño visionario, cálmate. Deja el hacha, ese ínstrumento de muerte que tanto pesa á tu mano inofensiva, hecha sólo para arrancar flores.

LORENZO.

Tiene usted razón, viejecita mía... no se enfade usted porque así la llame, no.

MARGARITA.

Si lo soy, si lo soy... ¡Fuera esa arma abominable! ¡Fuera!

LORENZO. (Colocándola en la panoplia.)

Así... aquí colgada, entre las otras viejas y mohosas que acumularon mis antecesores. Aquí serás un adorno, un recuerdo... tal vez un enigma.

PABLO.

Aunque estoy fuera de mi centro al hablar de estas cosas, tal vez yo acierte á definir lo que te apura y no logras entender.

LORENZO.

¿Usted?

PABLO.

Yo. Quizás sea un símbolo esa arma que arrojó á tus piés huyendo algún leñador furtivo.

LORENZO.

No era eso, no.

PABLO.

Quizás te indique con más claridad que mis palabras y razones, la necesidad de talar el bosque, de destruir esa guarida de vagos, de concluir con la sombra donde se pasean las visiones y florecen los ensueños enfermizos, de hacer que la luz del sol llegue á la tierra que impaciente espera su caricia.

LORENZO. *(Con terror, en voz baja, que se acrece por grados.)*

¡Oh, no! Calle usted... calle usted. . No por

él, que es indestructible, por usted. Puede oirle... le está oyendo... ¿No ve usted cómo las ramas oscilan y se retuercen y se meten por ese hueco, como si quisieran asaltar la casa, empujarme hacia usted, ponernos frente á frente?

Margarita.

¡Nunca, hijo mío, nunca!

Lorenzo.

¿No siente usted sus voces que me llaman á su defensa, no ve usted las ramas que le señalan como si fuera el enemigo, no sabe usted que el mango de esa hacha es madera de ese bosque, que estos techos y este pavimento allí tienen su familia y que todo esto se estremece á la amenaza y que puede precipitarse sobre nuestras cabezas ó hundirse bajo nuestros piés? ¿Pero usted que tanto sabe, no sabe estas cosas, no las oye, no las ve, no siente la vida de lo inanimado que, ahora, en este momento mismo, me llevan hacia usted con sus alaridos de cólera, con sus quejas de dolor, con el empuje del follaje que el viento dobla en nuestra dirección, erizando su cabellera?

(Con gran exaltación.) ¿No sienten ustedes el galope del bosque?

ALEJANDRO.

¡Lorenzo, vuelve en tí!

MARGARITA.

¡Hijo mío, cálmate!

LORENZO.

No. Si yo he de calmarlo... Si es mío. ¡Calla! ¡Calla! Vuelve al silencio y á la inmovilidad. ¡Eres eterno, como eterno es el misterio! Así... en voz baja... susurra, canta, vibra... así... así... (En el fondo, hablando con la selva.)

PABLO.

Imposible convencerle. (En voz baja y rápida.)

ALEJANDRO.

Tal creo.

MENDOZA.

¡Cómo se exalta!

MARGARITA.

¡Sed piadosos!

PABLO. (A Alejandro.)

Haz la prueba.

ALEJANDRO.

Gracias á Dios.

MARGARITA.

¡Pero eso es horrible!

MENDOZA.

Entonces la reclusión... la camisa de fuerza...

MARGARITA.

¡Nunca! Intentad eso... eso... transijo.

ALEJANDRO.

¡Santa palabra!

MARGARITA.

Pero tened lástima.

ALEJANDRO.

Ya veréis el Ideal que le sirvo. (Alto) Lorenzo, me retiro, estoy cansado del viaje. Me voy á dormir.

MENDOZA.

Hasta mañana, Lorenzo.

PABLO.

Supongo que no me guardarás rencor.

LORENZO.

Nunca. Yo le estimo á usted y le temo.

PABLO.

Vanos temores.

MARGARITA.

Hasta mañana, hijo mío.

LORENZO.

¿Se va usted?

MARGARITA.

¿Me necesitas?

LORENZO. (Después de vacilar)

Sí. Quiero hablarle. ¡Tengo tantas cosas que decirle!

(Ambos quedan en la estancia. Fuera arrecian y menudean las rachas de viento y de llovizna.)

MARGARITA.

Aquí estoy. Figúrate que soy tu madre.

LORENZO.

Eso. Mi madre. Siéntese usted. Yo aquí, á sus plantas. Mi madre... mi madre... (Divagando en voz baja, mientras sus manos ajustan las flores acariciándolas.) ¿Cómo era mi madre?

MARGARITA. (Sorprendida.)

¿Tu madre?

LORENZO.

¡Ella! Esa, ¡sí!... Espere usted un poco, un momento... Necesito prepararme, recoger y reconcentrar todos mis sentidos para no perder un detalle, una palabra. ¡Usted no puede comprender esto! Figúrese usted un ciego de nacimiento que ha pasado su vida soñando con el mundo exterior, con la luz, con los colores, con la forma; que en su mente, en la sombría caverna de su fantasía ha inventado la tierra y las aguas, ha dado forma á los montes y color á las flores y luz á los astros y contorno á los seres, y que, de pronto, la mano de un sabio, de un libertador, rompe el obstáculo que obstruía las ventanas de sus ojos, la opacidad donde la luz chocaba sin lograr

penetrar, donde él la sentía vibrar llamando á la puerta cerrada con el haz fulgurante de sus flechas, impaciente, pidiendo el paso, fascinándole con la promesa de la luz y de la verdad. Figúrese usted al ciego, esperando la caída de la venda, con el alma acurrucada detrás de las pupilas para sorprender el primer albor del día prometido, ansiando sumergirse en su onda y despidiéndose con melancólica nostalgia de sus antiguas creaciones, de los juguetes bárbaros que sus dedos inhábiles de artista ciego labraron para suplir la línea centelleante que define el contorno de la verdad. Figúrese usted ese momento supremo de duda y angustia, en que, suspirando por ella, se la teme y desea al propio tiempo, la vacilación inmensa, hecha con palpitaciones de alegría y de dolor, cuando el alma, en acecho tras la puerta que ha de abrirse murmura:—¿Será cómo yo la inventé? ¿Tendré que despedirme para siempre de la silueta adorada que sobre el muro negro de mi cárcel trazó mi mano temblorosa? ¿Será la misma? ¿Será otra? ¿Cómo será la verdad?—Así estoy yo, esperando que me diga cómo era mi madre y temblando que sea otra que la que yo inventé!

MARGARITA. (Sin atinar con otra palabra.)

¡Qué gran tristeza, hijo mío, qué gran tristeza!

LORENZO.

Espere usted. Quiero recibir con flores la imagen verdadera de mi madre. Así. (Elevando sus manos llenas de flores.) ¡Hable! Ahora...

MARGARITA. (Casi llorando)

¡Tu madre! ¡Pero si no la conocí! (Las flores caen una á una de las manos del loco.) ¡Si nadie la conoció! ¡Si ninguno la vió!

LORENZO. (Con más sorpresa que dolor.)

¡Ninguno la vió!

MARGARITA.

¿Para qué me hablaste de esas cosas tan tristes?

LORENZO.

Ninguno la vió...

MARGARITA.

Ninguno. Yo también, como tú, sentí la necesidad imperiosa de inventarla: fué una obsesión de mi espíritu la idea de la mujer

desconocida que nadie supo cómo ni cuándo ni por dónde llegó, encerrada en la casa Araus entre tu padre y el terrible anciano!

LORENZO.

¡Nadie la vió!

MARGARITA.

Nadie. Yo me la figuraba... (Se detiene vacilante.) No, no sé... No me atrevo...

LORENZO. (De rodillas ante ella.)

¿Cómo se la figuraba? No tema... Un dato, un detalle insignificante... ¡Oh, con un gesto, con una palabra, con una nota de su risa, con una queja de su llanto... menos que eso... con algo de ella, una flor marchita, un adorno, una cinta, esas cosas que se pierden y que de pronto aparecen en un viejo arcón, yo reconstituiría toda su imagen!

MARGARITA.

Todavía menos, mucho menos... fueron dos cartas, dos frases de tu padre.

LORENZO.

¡Oh! ¡Esas cartas!

MARGARITA.

Perdidas... ¿Quién pensó que aquello sirviera? Eran dos líneas, cuatro palabras que nunca he olvidado.

LORENZO.

¡Oh! Habla, habla... en una sola palabra puede revelarse un alma.

MARGARITA.

En la primera decía: «Ya llegó»... Nada más.

LORENZO.

¡Oh!

MARGARITA.

En la segunda: «Se fué». Nada más.

LORENZO.

¡Ya llegó... Se fué!... ¡Toda una vida!... ¡Pero si esa es la luz, la evidencia, la verdad! ¿Cómo no la ha sentido usted antes? Si yo no la he imaginado de otro modo que como la sacan de la sombra y la hunden en ella, al llegar y al partir, esas dos frases! ¡Así, de ese modo!... ¡Es la mía, mi invención, la silueta

que sobre el muro de mi cárcel trazó mi mano de artista ciego! ¿No la ve usted?

MARGARITA.

No, no la veo. (Con desconsuelo.) No puedo verla.

LORENZO.

¡Pues parece mentira! Vino de allá, de la entraña formidable del bosque, del horizonte, de la línea misteriosa por donde se asoma y surge la aurora... atravesó la senda estrecha y se difundió en el otro horizonte, perdiéndose, apagándose como un crepúsculo... Y todo esto sin casi pisar el suelo... por eso no ha dejado huella en la tierra... ¡Ninguna, ninguna! Yo las he buscado rastreando los senderos del bosque, el pavimento de estos salones, el umbral de las puertas desgastado por los piés de las generaciones bárbaras, de los que llegaban y partían; en ningún sitio hallé huellas de su paso .. Tal vez cruzó la senda volando, sostenida por sus alas... tal vez hizo el viaje en los brazos robustos de mi padre. Llegó, se fué... ese es el retrato de mi madre.

MARGARITA.

Si supieras cuan intenso es mi remordimiento al escucharte.

LORENZO.

¿Remordimiento? ¿Por qué?

MARGARITA.

Por haberte abandonado por tantos años en este caserón solitario. Mi deber me llamaba aquí, junto al pobre huérfano. No supe entender una cosa tan sencilla.

LORENZO.

¿Para qué acompañarme?

MARGARITA.

Para alegrarte la vida, para dirigirte por su senda que invita á la marcha, al viaje... para evitar que gastaras tu energía en la obra estéril de revolver la tierra de las sepulturas, de meter los ojos en el pasado, pretendiendo el milagro de su resurrección.

LORENZO.

Ese milagro es mi triunfo, créame usted... Era preciso todo *aquello* para llegar á *esto*.

MARGARITA.

No te entiendo.

LORENZO.

Quiero decir... ¡Esto es muy claro!... que para esperar el futuro consolador que llega, que se aproxima, que casi me acaricia, era necesario el trabajo doloroso de ahondar en el pasado... Yo he realizado esa empresa sin guía, sin ayuda de nadie,... solo... interrogando el hueco sombrío de este caserón... Yo he sentido el alma hermosa de la otra Margarita, de la pobre contrahecha que sufría la sed inextinguible de la caricia, llamar á los cristales de mi alcoba, estremecer las maderas mal cerradas, entreabrir las puertas, descorrer los cerrojos, y he besado el aire, la sombra y el misterio...

MARGARITA.

¿Lorenzo, tú hiciste eso?

LORENZO.

Mucho más. Yo descubrí en el salón de la biblioteca, cubierto de polvo y de telas de araña el sillón de ruedas del abuelo.

MARGARITA.

¡Jesús!

LORENZO.

He visto sobre el cuero amarillo claveteado una mancha de sangre... ¡Sangre de Margarita!

MARGARITA.

¡Eso no! ¡nó!

LORENZO.

¡Eso sí! Yo me he sentado en el sillón, he hecho girar las ruedas enmohecidas que contaban rechinando la historia del viejo criminal y he sentido como si las telas de araña que envolvían el pasado me agarrasen y fijasen á él, convertidas en zarzas, en cadenas. ¡Yo he sentido que mis dientes se alargaban, que mis uñas crecían y, al gritar, que mi garganta se rompía en un rugido de fiera!

MARGARITA.

¿Tú, tú has hecho eso?

LORENZO.

He hecho más. Yo he pasado noches eternas en el bosque, sobre las retorcidas raíces de los tilos que dominan la laguna, asido á ellas,

colgando como una raíz viviente sobre el negro haz de las aguas donde anida y acecha el suicidio, para descubrir el rostro de mi padre... de mi padre...

MARGARITA.

¡Virgen Santa!

LORENZO.

Yo he llegado á ver su rostro lívido que ascendía á la superficie á medida que el mío se inclinaba para descubrirle y besarle. ¡Oh! ¡Cuán semejante á él me hizo! Parecía mi propia imagen reflejada en el espejo de la laguna.

MARGARITA.

¡Vuelve en tí! Era tu imagen, la tuya, la que te miraba con ojos de espanto.

LORENZO.

La mía y la de él... juntas, incluídas en el mismo contorno, como recortadas una sobre otra.

MARGARITA.

¡Delirios de tu fantasía enferma! ¡Locuras de un pobre sér abandonado por mí, por todos, á la inspiración tétrica de este espacio donde re-

volotean los fantasmas de cien generaciones criminales! Vuelve en tí, alma divina. ¡Defiéndete! ¡Si tus ojos así penetran en el fondo de la laguna, como penetrarían el abismo de los cielos! ¡Mírame, mírame y no temas: tú no eres el alma feroz del abuelo, ni el alma desesperada del padre, eres el alma poética de Margarita!

LORENZO.

No, la verdad es mucho más complicada... apenas si yo la entiendo... de seguro no sabré contarla. El alma del abuelo no ha muerto en mí, yo la siento codiciosa crispando mis manos en cuanto alguien amenaza la herencia de los Araus. Yo siento el alma de Margarita en la sed de amor que me consume, en la esperanza de saciarla .. Yo siento el alma desolada del padre en la certidumbre negra, inconmovible, de que no podría sobrevivir á la muerte de la ilusión!

MARGARITA.

¿Morir tú?

LORENZO. (Sonriendo melancólicamente)

¡Oh, escúchame, te lo diré en voz baja... yo

creo que me salvaré... que me salvará el alma desconocida... la que «llegó y se fué» (Más bajo.) el alma fugitiva de mi madre... que se esconde y vaga errante en el bosque.

MARGARITA.

¡Oh, no! Yo te salvaré, te salvará la verdad, aunque para que la veas sea necesario incendiar la casa maldita, el bosque, toda la triste herencia de los Araus! ¡Verás la verdad al resplandor de la hoguera en que se consuma todo esto que es mentira... mentira!

LORENZO.

¿Mentira?... ¿Usted también? ¿Como ellos? ¿Como los otros? ¿Como los desdichados que acechan detrás de esa puerta para acudir en su auxilio si Lorenzo, si el pobre loco llegase á empuñar el hacha? ¡El loco de Araus!

MARGARITA.

¿Qué dices?

LORENZO.

¿Quiere usted verles? (Va á la puerta y la abre con estrépito: se oye el rumor de pasos precipitados que se alejan) Allá van... huyen... huyen... Estaban

acechándonos... son espías... la abandonan á usted.

MARGARITA.

¡Hijo mío!

LORENZO.

No temas, pobre viejecita cansada de correr en compañía de esos bárbaros taladores del misterio... ¡Si ya no corres al frente del ejército! ¡Si ya no le conduces á la batalla! ¡Si te dejaron atrás! ¡Si no podrás subir al carro triunfal donde ellos van, si te arrastran, te arrastran por el camino árido, por la llanura donde no dejaron ni un bosquecillo para descansar á la sombra! (Cambiando) Mira... no, vete con ellos... Tu renunciaste al bosque, al ensueño...

MARGARITA.

Pero si no te entiendo...

LORENZO.

Pues por eso, porque no puedes entenderme... vete.

MARGARITA.

Soy una pobre viejecita... tienes razón, ya

nada puedo... pero créeme, te lo juro, soy buena, soy buena. ¡Siento por tí una lástima tan grande, una tristeza tan honda! ¡Si yo pudiera salvarte, aliviarte tan solo!

LORENZO.

¡Eso! Usted es buena. Usted como yo es heredera de los Araus: ahora habla usted con el alma misericordiosa de Margarita, antes con el alma feroz de Iván el terrible!

MARGARITA.

¡Yo! ¿Cuándo?

LORENZO.

Cuándo gritó: «¡Mentira!» Sus labios se crisparon como debieron crisparse los del otro cuando apretaba la garganta de Margarita. Sin duda es un gesto de familia.

MARGARITA.

¡Oh, qué horror!

LORENZO.

¡Con qué placer infernal apretaba usted sus dedos sobre el cuello de la víctima!

MARGARITA.

¿Yo? (Retrocediendo) ¿Pero qué dices? ¿Estás loco?

LORENZO.

No, no era usted, era el otro... el viejo...

MARGARITA (Aterrorizada.)

¡Mentira! ¡Mentira!

LORENZO.

Eso... ¡Otra vez! ¿Sabe usted á quién mataba con esa palabra?

MARGARITA.

¡Mentira todo! ¡Todo!

LORENZO.

¡Estrangulaba usted al Ideal!

MARGARITA. (Acongojada, junto á la puerta.)

¡Oh, nunca pensé que así me tratases, nunca!

LORENZO. (Acercándose.)

Pero si no la traté mal... Si usted no tiene la culpa... ¡Si fué el otro que asomaba las garras! Si usted es buena... buena... sí... Y yo quiero besarle la mano pidiéndole perdón.

MARGARITA.

¡Qué tristeza tan grande!

LORENZO. (Mirando hacia la selva.)

¡Quién sabe!

MARGARITA.

Adiós... pero quiero decirte que siempre te querré, que nunca he de hacerte daño, nunca! ¡Y que cuando otra cosa no pueda, rezaré por tí mucho, mucho!

LORENZO.

Si lo sé, viejecita mía, si lo sé. Tú no incendiarás mi bosque.

MARGARITA.

¡Oh, no! (Sollozando al salir.)

LORENZO.

¡Pero tampoco podrás salvarlo!

LORENZO. (Desde el umbral atiende al rumor de los pasos de Margarita que se alejan. Cierra la puerta y se dirige lentamente hacia el fondo, quedando de frente al bosque, como si hablase con alguien oculto en su seno.)

¿Quién llega? (Silencio largo.) Adelante. (Nada

se oye, fuera del rumor de las hojas y del golpe metálico, monótono, de la lluvia en los cristales. Retrocede lentamente hablando en voz baja.) Todavía no... allí está... pero no acierta con el camino... se ha extraviado... se ha extraviado... (Golpeándose el pecho como para afianzar su fe.) ¡Al fin encontrará el camino, vendrá! ¡Fe, alma mía, fe! Así, tranquilo, como tantas otras noches, preparemos la estancia... flores... luces... calor... Viene de lejos, viene cansado... la lluvia le penetra... (De vez en cuando vuelve el rostro rápidamente hacia el fondo, mientras ejecuta lo que dice.) Es inútil mirar de reojo á la puerta... ya vendrá, ya vendrá. De este modo, rebosando las ánforas, cubierta la mesa, flores por todas partes, flores, flores... (Está junto á la mesa y se vuelve de pronto.) ¿Quién está ahí? (silencio.) Mi voz sonó ronca, amenazadora... No es así como se llama á los seres errantes que tímidamente revolotean en torno del hogar. (En el fondo.) ¡Oh, si supieras el ansia con que te espero, que hay aquí un sitio esperándote desde mi infancia, un hueco vacío en mi casa y en mi pensamiento, un hueco que cambia de forma para adaptarse á tu contorno deconocido, que será lo que tú seas, puesto junto á la lumbre si

tienes frio, cabecera de mi mesa si sientes hambre, mi lecho si necesitas reposo, mis brazos abiertos si te aqueja la sed de la fraternidad y del amor! ¡Ven! ¿Por qué vacilas? ¡Ven, yo ni quiero darte contornos, ni vida, ni inspiración! ¡Ven como seas, grande ó pequeño, mendigo mojado por la lluvia, desheredado de la fortuna, caminante rendido, alma solitaria... siempre serás el que espero! ¡Adelante! (Se aleja lentamente de la puerta del fondo.—En voz baja.) ¡Fe, alma mía, fe!—¡Oh, cómo decidirle... falta tan poco, tan poco!... ¡Se ha extraviado... se ha extraviado!... (De pronto.) ¡Ah! Luz, luz, que ella le guíe en las tinieblas... (Enciende en la chimenea las bujías del candelero que está junto á los cristales.) Así, como todas las noches, lanza tus rayos, ilumina el hueco de los cristales mojados por la eterna lluvia, brilla como un faro en las sombras, como la lámpara ante el altar... ¡Oh, tú has de distinguir este cuadro luminoso, tú has de ver desde el rincón en que te escondes la ventana hecha ascuas, y has de sentirte por por ella fascinado!... Es la casa, es el hogar, es el tibio calor de los troncos que chisporrotean, es la mesa con la lámpara familiar en el centro, abrazando con círculo de apacible luz

los sillones vacíos, gravementes agrupados en torno, es la mano tendida del amigo, los brazos abiertos del hermano, la sensación deliciosa de paz y de reposo después del largo viaje por el bosque sombrío y resonante, es el sueño que desciende lento sobre los párpados cerrándolos amorosamente, mientras el bosque, á lo lejos, imita las canciones con que tu madre te dormía... ¡Es el hogar! (De nuevo en voz baja vibrante de emoción que crece.) Tú no tienes familia.. tú vagas solo en ese bosque, noches y noches, tal vez antes de yo nacer... tú como yo eres huérfano ... Ven á mí... á mí... serás mi padre, mi hijo, mi esposa... serás... eso que compendia los amores todos... serás ¡oh, santa palabra!... ¡serás mi hermano! Decídete... (Muy bajo, con los labios pegados á los cristales.) Yo sé que estás ahí, que ves mi sombra en el cuadro luminoso de los cristales... ¡Oh, posa tus labios en la superficie transparente y bésame, bésame, hermano, bésame, oh divino Ideal! (Inclinado el cuerpo, el semblante desfigurado, con todo el aspecto de un loco.) ¡Te he sentido, estás ahí... detrás de los cristales como un pájaro inmenso mojado por la lluvia! ¡Ah, bate las alas vibrantes, responde á los golpes con que te llamo! (Una

ráfaga de viento estremece el bosque, caen en la estancia algunas hojas secas, los critales vibran al choque de la lluvia.) ¡Ah, al fin! (Con grito que desgarra la garganta.) No, no, así no... ¡Ven, ven, yo te llamo en voz baja, pudiendo atronar el espacio con mis gritos de triunfo... yo espero sumiso tu decisión, espero que entres por tu voluntad, pudiendo á puñetazos romper esta frágil barrera y cogerte prisionero entre mis brazos! ¡Fe, alma mía, fe!... Falta poco, muy poco. (Fuera arrecia la ráfaga de viento, la casa se extremece, todo vibra.) Es el bosque, sí, la selva entera agradecida la que se estremece en un supremo esfuerzo, es la convulsión grandiosa que lanza de las entrañas fecundas del misterio la divina criatura, es tu hijo, sí, es la realización de todas las promesas... ¡Llega! ¡Llega! (De pie frente al pórtico, los brazos extendidos.) ¡Grita, rechina, retuércete, selva fecunda, así, dóblate en un espasmo supremo de dolor y de alegría! (Se oye el rumor inmenso de la selva, estremecida por una convulsión gigante. De pronto, desde el fondo de la alameda, entre los árboles contorsionados por la racha, avanza *la mujer* envuelta en un manto negro. Él retrocede, de frente al bosque, ella sigue avanzando hasta llegar al dintel y entonces con gesto arrogante echa por el suelo el manto, que se arremolina á sus pies como una peana y aparece ves-

tida de blanco, coronada de flores, con los brazos extendidos hacia Lorenzo. Èste ha llegado hasta el clavicordio, sus manos se apoyan en el teclado que suena lugubremente y él despertando, lanza un grito delirante.) ¡Ah! ¡Ideal! ¡Ideal! (Las ventanas ceden, se abren con estrépito, las bujías se apagan.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el mismo salón de Araus, *ella* sentada en un sillón elevado y suntuoso como un trono. Por tierra un gran montón de flores, entre las cuales Lorenzo elige las que han de adornar á la adorada. Detrás, en los huecos de la puerta y ventanas la perspectiva de los árboles de la selva resplandeciendo en el eter luminoso de la mañana.

LORENZO.

Primero las rosas... ¿Te acuerdas? Las cogimos esta mañana, casi de noche, en el rincón más oculto de la Umbría, junto al agua que dormía entre los juncos, guardando aún el reflejo de las últimas estrellas. Su perfume nos guiaba como una voz delicada y sutil que nos llamase desde el seno azulado de la penumbra. ¿Dónde pondremos las rosas?

EVA.

Aquí. Sobre el pecho.

LORENZO.

Eso. Sobre el corazón. La palpitación mis-

teriosa de tu vida las hará temblar, como si aún estuviesen sobre el tallo gozando de la suya. Este manojo de madreselvas y de lirios que cogimos en la ladera, cuando el polvo dorado del crepúsculo flotaba ya en el ambiente virgen de la mañana, aquí, en tu regazo, como la ofrenda que las manos piadosas depositan temblando en el altar.

EVA.

Aun quedan muchas, muchas...

LORENZO.

Las crisantemas, todo el iris de los cielos descendido á la tierra. Con ellas formaremos la alfombra que tus pies han de hollar. (Extendiéndolas por el suelo.) Cuando bajes del trono ellas acariciarán tus plantas como un homenaje supremo de la selva.

EVA.

¡Un trono á mí!... No; prefiero estar á tu lado... salir... volver á la selva, á la vida que palpita afuera y nos llama. ¿No oyes su voz?

LORENZO.

Espera. Aun falta algo. La corona... la que

formamos en el rincón más hermoso del bosque, en aquel punto en que la Bóveda de plata se aglomera en el fondo del barranco formando una asamblea de viejos troncos, como una muchedumbre en marcha, de súbito detenida por un obstáculo infranqueable.—¡La corona de violetas!—Tómala: sentirás en tu frente, sobre la pureza de tus sienes, toda la poesía del bosque, la esencia misteriosa de su vida que se exhala en la sombra fresca de las hojas. (Ajuntásdole la corona.) Ya eres reina.

EVA.

Tu reina. ¡La reina Ideal!

LORENZO.

Déjame que te adore. Déjame que te contemple, acariciada por el beso cálido del sol en esta hora espléndida de la mañana. Paréceme que por primera vez te veo, y el ansia de verte es como una sed inextinguible, la sed de los desiertos que toda el agua del cielo no bastaría á calmar. He vivido hasta hoy en la penumbra de un sueño. Me has embriagado con un licor suave y fuerte á la vez, y hoy, al despertar ante la claridad inmensa de los cielos, siento hambre y sed de conocerte,

de penetrar en la esencia misteriosa de tu vida,

EVA.

Pero si tú me diste la vida. ¿No habíamos convenido en que tú me creaste?

LORENZO. (Divagando.)

Así es; pero no sé porque me acuerdo ahora de aquello triste...

EVA.

¿Triste?

LORENZO.

Si, verás. Una noche encontramos el cadáver de una mujer desconocida en el bosque... Fué necesario construir con ramas de laurel una parihuela para traerla hasta la ciudad. ¡Cómo trabajábamos en la tarea horrible los leñadores y yo! ¡Cómo sonaban monótonos, profundos, los golpes del hacha! Y mientras tanto me atormentaba el pensamiento de conocer la historia de aquel pobre ser desconocido, lamentable, de adivinar su nombre para escribirlo sobre su sepultura. Fué mi tormento por largas noches de insomnio, mientras bajo mi cráneo sentía el golpe monótono, pro-

fundo, del hacha fabricando la parihuela siniestra.

EVA.

¡Oh, pobre caballero mío! ¡Tu alma se aleja de la de tu reina y se deleita en la contemplación del pasado!

LORENZO.

¡Oh, no! ¡Revolotea en torno á tí, porque ahora como entonces siento las misma ansias, el ansia de conocerte! Díme, Ideal, ¿cómo eras antes de nacer para mí?

EVA.

Antes no *era*. Nací aquella misma noche en que tus brazos me recogieron.

LORENZO.

Así lo pensaba entonces; pero ahora no me basta. Quiero saber, conocerte por entero, adorarte en tu vida anterior como te adoro en este momento fugitivo del tiempo.

EVA.

¡Pobre Lorenzo mio! ¿Necesitas de la verdad para ser feliz? Aunque fuera mentira que

vivimos, que respiramos, ¿qué importaría todo eso siendo tan hermosa la ilusión?

LORENZO.

No, tus palabras no bastan á convencerme. Llega un instante en que el misterio pesa como una amenaza. Mis ojos se vuelven tenazmente hacia atrás, hacia el pasado. (Divagando.) ¿No sientes el golpe del hacha desgajando los laureles?

EVA.

Vuelve en tí. Cómo te complaces en atormentarte. ¿No te basta la divina belleza del presente? ¿Quieres luz? Ahí la tienes. (De pie sobre su trono señalando afuera con sus manos llenas de flores.) La luz espléndida de la mañana, de esta mañana única que parece haber brotado expresamente para nosotros del seno de los tiempos. ¿Quieres realidad? Yo soy real para tu alma y para tus sentidos, el espíritu con que sueñas y el cuerpo que enciende tus deseos.

LORENZO.

¡Oh, sí, tienes razón. Eres la única, la adorada, la copa de delicia en que mis labios

probaron la fiebre, el sabor de la vida. Una sola pregunta, una sola. Tu nombre...

EVA.

Me llamo como tú me llamaste: Ideal. Aquello fué un bautismo. Al llegar á tus brazos empecé á vivir. Fué como si naciera.

LORENZO.

Si. Yo también empecé á vivir en la noche inolvidable. Antes flotaba en la penumbra dolorosa de una pesadilla. Nunca sabrás cuánto he sufrido. En mi vagar solitario y desesperado por la selva, cuántas veces me detuve temblando, creyendo oir detrás de mi los pasos del hombre, la aproximación lenta é inflexible del que constantemente me acecha y me vigila para hundir el hacha en el corazón de mis hermanos de la selva. Es el enviado del *otro*, del que codicia mi *herencia* con el ardor salvaje del que anhela robar la mujer del prójimo. Cuántas veces he sentido la voz desgarradora de los árboles:—¡Hermano, defiéndeme! Y yo temblaba de impaciencia y rabia. Presentía el despojo, adivinaba el vencimiento. La hora estaba próxima. Los troncos caían, segados brutalmente por la base. La tierra

aparecía desnuda como un cadáver, bajo un cielo lívido y cruel. Y yo, sentado sobre un tronco inerte, contemplaba la inmensa ruina, como el último creyente de una religión muerta contempla los escombros del templo bajo los cuales yace, rota en mil pedazos, la imagen de su Dios. Y ante mis ojos, velados por el llanto, persistía la imagen santa de la selva, de su penumbra misteriosa en que los pájaros cantaban y el agua fluía y las nieblas colgaban de las ramas como los velos de un altar y las hojas murmuraban eternamente elevando á los cielos una oración inmensa. Entonces nació en mí la idea de la lucha, de la defensa; de conservar mi patrimonio, el patrimonio de los que sienten hambre y sed de poesía, de ilusión, de ideal... de rebelarme contra la dura ley del trabajo, engendradora de la miseria y del dolor, de la injusticia y del fratricidio. Desconfiando de mis fuerzas, pedía á la selva, á la madre en peligro, un hijo de su vientre, formado con la esencia de su vida que me amparase en la lucha y me diese alientos hasta conseguir el triunfo. Y al fin vino la hija de la selva, la mensajera de las flores, de las nieblas, de los nidos, de los árboles magestuosos y

graves amenazados de muerte. Ellos te tomaron en sus brazos vigorosos y así llegaste, surgiendo de las sombras, fresca y virgen como el hálito de la madre tierra y caíste en mis brazos, en estos brazos que nunca te soltarán hasta la muerte.

EVA.

Así sea. Hasta la hora de la muerte.

LORENZO.

¡Oh! ¡Si Dios me revelara un nuevo lenguaje, un lenguaje sublime, todo poderoso, para decirte de un modo nuevo que te quiero!

EVA.

Yo nada le pido; porque me dió más que el lenguaje, un alma nueva para adorarte.

LORENZO.

Salgamos. Los árboles nos llaman, nos esperan impacientes. Hoy iremos lejos, muy lejos, á rincones que yo solo conozco, donde estaremos como fuera del tiempo, como fuera de la vida. (Junto á la galería.) ¿Ves?

EVA. (Estremeciéndose y apartándose de él.)

Aquellos que se acercan... ¡Tus parientes!

LORENZO.

Mira más lejos... allá... no por esa parte...

EVA.

¡Se dirigen hacia aquí!

LORENZO. (Sin atenderla.)

Más lejos aun... arriba... Es el fondo de un barranco donde nunca penetra la luz del sol, ni aun en las mañanas radiantes del estío. Aquel sitio se llama *Las Madres del Agua*.

EVA.

¡Oh! Otro grupo... otras gentes... son desconocidos...

LORENZO.

Siempre tus ojos se desvían de la altura. ¿Qué te importan esas gentes? ¿Quién pudiera hoy concebir el mal ni ejecutarlo?

EVA.

Parece que nos cierran el camino...

LORENZO.

Hay mil caminos que nos conducirán al término de nuestro viaje. Escogeremos otro para evitarles, el más largo, el que exija de

nosotros, una á una, todas las horas de esta mañana, única en nuestra vida. Salgamos... ¿por qué tiemblas? ¿Qué tienes? ¿No eres Reina?

EVA.

Sí, tienes razón, soy tu Reina, soy tu fuerza, la única fuerza porque soy el invencible amor!

(Don Pablo y Mendoza en traje de viaje, con quitasoles blancos, guantes, formando contraste con las vestiduras fantásticas de los enamorados, aparecen por la izquierda en el punto en que éstos llegan á la galería.)

PABLO.

¡Lorenzo! (Este se vuelve con un gesto de contrariedad.) ¿Te molestamos?...

LORENZO.

No es eso... no...

PABLO.

¿Ibas á salir?

LORENZO.

Sí, vamos al sitio más hermoso de la hacienda. Sin duda usted lo conoce: Las Madres del

Agua, allí donde brota el manantial que riega todo el Valle del Mediodía.

PABLO.

Lo conozco. Está muy lejos. Necesitas todo el día para el viaje de ida y retorno.

LORENZO. (Sonriendo.)

¿Qué importa? Aun somos dueños del tiempo, de gastarlo, de derrocharlo alegremente. Cuando nos quede poco, trataremos de economizarlo... (Eva en el fondo, mirando al bosque.)

PABLO.

Es que... quizás lo olvidaste... hoy es el día que teníamos señalado para nuestro viaje á Pobleda. Tu tía Margarita tiene en ello empeño y ya nos espera en sus habitaciones...

LORENZO.

¿La tía Margarita? ¿El viaje? ¿Y yo convine?... ¿Por qué no vino ella hasta aquí?

MENDOZA.

¿Aquí? ¡Oh!... (Como si escuchase un absurdo.)

LORENZO. (Sin comprender.)

Hace días que no la veo...

PABLO.

Las mujeres; ya sabes, tienen sus caprichos... Pero en fin ¿qué dices? Contábamos con que quedaría arreglado aquel asunto interesante de que te hablamos anoche...

LORENZO.

¿El asunto?. . ¡Oh, mi pobre cabeza! ¿El asunto?... Pero sino lo recuerdo... ¿Te acuerdas tu, Ideal? (Va hacia ella.)

MENDOZA. (A Don Pablo rápidamente.)

Loco, amigo mio, loco... Se hará de él lo que se quiera.

PABLO. (A Lorenzo.)

Asuntos son que, aun interesándome mucho, solo tú y Margarita podréis resolver. ¿Por qué no le hablas?

LORENZO.

¿A ella? Si no deseo otra cosa... Que venga... Que venga...

PABLO. (Con gesto de duda.)

¿Aquí?

MENDOZA.

Piense usted que es imposible.

Lorenzo.

¿Imposible? (Con asombro.)

Mendoza.

¿No es cierto señorita?

Lorenzo.

¡Ah! Ya entiendo. Es que me guarda rencor por nuestra última entrevista. Ahora recuerdo que hace cinco días que no la veo. Pero yo iré á encontrarla... Mañana... Otro día .. ¡Oh! ¡Este viaje, este viaje! Mañana... No, antes, á mi vuelta, iré á verla, le pediré perdón... ¡Si yo la quiero!

Pablo.

¿Por qué no hoy?... Ahora... Un momento...

Mendoza.

Mi tiempo es oro, amigo Lorenzo, solo aguardo por este asunto para retirarme.

Lorenzo. (Riendo.)

Es verdad, usted no tiene como nosotros el tiempo para derrocharlo... ¿No se enfada usted?

MENDOZA.

Nunca; pero resuélvase usted... ¿No es verdad que debe venir con nosotros, señorita?

EVA.

Vé, Lorenzo, aquí te aguardo.

LORENZO. (Va á ella.)

¡Oh, separarnos!... ¿Ya no temes? ¿Dónde fueron esas gentes?

EVA.

No sé... Se marcharon. Vé y vuelve pronto.

LORENZO.

¡Oh! Como me pesa... Mira... Cierra esa puerta... Nadie vendrá... Y si vienen...

EVA.

Nadie vendrá.

PABLO.

¿Qué decides?

LORENZO.

Voy con ustedes... ¿Quiénes son esos hombres que atravesaron por la Bóveda de plata?

PABLO

Sin duda los obreros que van á reparar la alquería. Está en ruinas. ¿Lo has olvidado también?

LORENZO.

Eso, sin duda. Nada... Vamos... Espérame... Emprenderemos después nuestro viaje y retornaremos más tarde, por la noche, á través del bosque, formando una pareja en el gran baile de las sombras!... ¡Pobre viejecita mia!

(Sale con Don Pablo y Mendoza. Eva queda de espaldas al bosque contemplando la puerta. Alejandro surge sigilosamente por el portón y se acerca á ella golpeándole en el hombro.)

EVA. (Volviéndose.)

¡Ah!... Usted... Lo esperaba.

ALEJANDRO.

Me invocabas como el loco te invocó y vine por donde tú viniste, aunque con un aparato más modesto.

EVA.

Aquí estoy.

ALEJANDRO. (Sentándose.)

Acércate, no .. Más cerca... A mi lado. Siéntate. ¡Oh, no temas que me asalten reminiscencias de lo que fué! Esta es una conferencia puramente diplomática. Figúrate que eres un embajador y yo el Ministro de Estado que te llama á su despacho y te pregunta: —Señor mio, ¿cuál es el resultado de la misión que le encargué?

EVA.

En ese caso que usted supone, yo contestaría:—Ninguno.

ALEJANDRO.

¿Ninguno? No, eso no puedo figurármelo. Llevais cinco días de permanencia en esta casa en comunión íntima y constante, una mujer como tú y un hombre como él, una Eva y un Adán loco de la especie soñadora, ¿y me aseguras que aun no has adelantado nada?

EVA.

Nada absolutamente, por lo menos en el sentido que entiendo su pregunta.

Alejandro.

No había aun observado esa corona... Eres reina.

Eva.

¡Ah!... (Arrancándosela y arrojándola por los suelos)

Alejandro.

Beatriz, no te creo... ¡Qué lástima!... (Por la corona.) O quieres embromarme ó has dejado de ser Beatriz... ¡Qué lástima de corona!

Eva.

No disimule. Su instinto maravilloso y cruel no le abandona. Creo que en efecto he dejado de ser Beatriz.

Alejandro.

¡Alto! No tuerzas la intención de mis palabras. Lejos de mí la idea de ofenderte. Al contrario, pensaba en tus virtudes, en la firmeza de tu palabra, en tus cualidades de *hombre,* si de hombre fiel y leal... No puedes haber olvidado nuestra última entrevista en Pobleda, sentado uno frente á otro, como ahora, en la habitación que ocupabas en el Hotel Internacional. Mi plan te sedujo, lo ala-

baste con entusiasmo, tú misma te ofreciste á secundarlo, un poco por salvarme de la negra situación en que me hallaba y me hallo, un mucho por la curiosidad inextinguible, por ese afán de lo desconocido que siempre torturó á la exquisita Eva.

EVA.

Lo recuerdo como una cosa muy lejana, que hubiera sucedido veinte años há.

ALEJANDRO.

¿Qué dices, chiquilla? Te hablé con toda claridad, me abrí ante tus ojos como un libro, te hice leer páginas tristes, vergonzosas, que nadie hasta entonces conoció. Te mostré las cifras de mi tremendo pasivo, que me cercan y me estrechan como números inexorables de una invisible guardia civil. Viste con toda claridad qus si el plan fracasaba, el ingeniero abriría la mano con que aun me sostiene y me dejaría caer para siempre en el abismo de la deuda. ¿Lo recuerdas, chiquilla?

EVA.

Todo eso me parece lejano, muy lejano.

ALEJANDRO.

¿Lejano? Pues á mí se me antoja historia de hoy, viva, contemporánea. Para que tú pienses de otro modo, preciso es que un nuevo elemento se haya ingerido por sorpresa en esta combinación que de buena fe creí haber pesado y medido como una *martingala* infalible.

EVA.

¿Qué quiere usted decir?

ALEJANDRO.

Nada, casi nada. Un error imperdonable. ¡Señor, si parece mentira! ¡Yo, Alejandro del Busto y de las Heras, Doctor en Feminología, culpable de la estúpida torpeza de emplear como un simple instrumento á la mujer, prescindiendo de los factores sensibilidad é imaginación!

EVA.

¿De modo que usted cree?...

ALEJANDRO.

Que te has enamorado del loco como una loca y que para los locos son letra muerta las

combinaciones psico-sociales. (Friamente.) ¡Estoy perdido!

Eva.

Pienso que aun no acaba usted de entenderlo.

Alejandro.

Vaya si lo entiendo. Te comprendo... y te admiro, porque admirable es que después de sufrir tan altas temperaturas aun quede en ese horno un rescoldo, germen de la llama divina.

Eva.

¡Cuán lejano aun de la verdad!

Alejandro.

Pero á pesar de todo, aun no veo inevitable el fracaso. Mira, chiquilla, hablemos razonablemente. Te diré lo que pretendemos, lo que pretende esta familia. El señor Mendoza, ese que acaba de salir, abogado ilustre y expertísimo ha dado con la única fórmula práctica y satisfactoria, una escritura sencilla de venta de Lorenzo á su tía... Entiende bien... A su tía Margarita, con reserva á su sobrino del

usufructo de este viejo caserón y además una renta vitalicia que os permita á los dos vivir amplia y comodamente, en un idilio sin fin. ¿No es esto razonable? ¿No es esto humano? ¿Qué más puede desear un pobre iluso que la vida llana, sencilla, sin preocupaciones económicas, la seguridad de pasar todas las horas en perpetua comunión con su Ideal?

EVA.

¿Y el bosque?

ALEJANDRO. (Rascándose la cabeza.)

El bosque...

EVA.

¡La verdad, pronto!

ALEJANDRO.

El bosque es la base de esta combinación. Esta condenado.

EVA.

¡Yo lo salvaré!

ALEJANDRO.

¿Pero que pretendes entonces?—¿Has dejado de ser la Eva que conocí, la desinteresada,

la altruista? ¿Todo lo quieres? ¿El bosque, la herencia, la mano quizas? ¡Vamos, por Dios, Beatriz, en nombre de la estética, en nombre del buen gusto, aparta tus manos del manubrio más gastado del organillo sentimental, de la redención por el amor!

EVA.

Si no entiende usted, si no acaba de entenderme. Me imagina movida unas veces de la codicia, otras del amor sensual. Y no es eso, no es eso. No lo entiende usted. ¿Cómo habría de entenderlo? Mire, hasta que le conocí yo ignoraba el alma del hombre. Yo les consideraba á todos como seres inferiores, como un rebaño de animales lúbricos, brutales y egoistas. Blasfemaba. No conocía el alma delicada, el alma grave del hombre. Y ahora la conozco. ¡Un alma de esas es mía, mía! ¿Lo entiende ya? ¡Yo soy sagrada, inviolable... soy el relicario de un alma!

ALEJANDRO.

¡Qué necio he sido! (Melancólicamente)

EVA.

Decir que le quiero, que estoy enamorada

de él como las mujeres se enamoran de los hombres, ¡qué expresión tan torpe de la realidad! ¡Si apenas me atrevo á tocarle, si le miro desde lejos como una madre impura al hijo inocente de su vientre profanado! Y padezco un infierno de torturas, porque le quiero con ardores que me consumen, con fiebre de amor profano que late en mis entrañas! ¡Paréceme que todos los amores del mundo se me han juntado aquí dentro para formar un solo, invencible amor, capaz de romper las piedras, de volar sobre los abismos, de subir hasta los astros!

Alejandro.

¡Oh plan maravilloso, oh sublime parto del ingenio humano, cómo te desmoronas al puntapié de la lógica, como el ensueño disparatado de un romántico!

Eva.

¡Oh! Dígame que renuncia á él, que nos permite seguir gozando de la vida!...

Alejandro (Sin escucharla.)

Atiende... ¡Oh! ¿Para qué? Iba á cometer otro disparate... Figúrate que iba á ofrecerte

dinero... ¡Oh! no, nada digas... lo sé... lo sé... Nada. Empujones de la realidad. Desde el momento en que una fuerza de la naturaleza surge espontánea, imperativa, reclamando su derecho, las sabias combinaciones que formó el ingenio se agrietan y se rinden. ¡El amor, el amor! ¡Haber prescindido del amor, de la eterna fuerza, arriba y abajo, en la tierra y en el cielo! ¡Qué ridículo fracaso! ¡Y á pesar de mi decepción profunda, qué espectáculo para un curioso de la vida como yo, para el eterno aburrido de lo divino y de lo humano!

EVA.

¿Desiste usted?... ¿Verdad que desiste?

ALEJANDRO.

¿Quién? ¿Yo? Hija mía, si no soy nadie. Soy un inútil, un fracasado. Ahí, detrás de esa puerta está el único que contigo puede medirse porque también representa una fuerza de la naturaleza. Fuerza contra fuerza. (Llamando á la puerta de la izquierda.) ¡Pablo!

EVA (Retrocediendo y aprestándose.)

¿Le llamas en tu auxilio? Guárdate, pues, que yo también sabré defenderle. Y le defen-

deré como la fiera en la caverna, hasta el triunfo ó hasta la muerte! (Se ha parapetado instintivamente junto al clavicordio en el momento en que vuelven D. Pablo y Mendoza.)

PABLO (Entra y corre los cerrojos.)

Aquí nos tienes. Hay tiempo. Esperamos de tí que nos expongas la situación claramente, sin rodeos.

ALEJANDRO

Lo haré en cuatro palabras, amargas y desalentadas. Primo de mi alma, tenías razón. Y usted, letrado, razón mil veces. Soy un inepto, una nuez vacía, un viejo imbécil que tenía la pretensión de conocer el libro de la vida y ahora resulta que nunca pudo descifrar la primera linea.

MENDOZA.

No lo entiendo.

ALEJANDRO.

¡Pues si está tan claro! Sucedió en esta combinación mía, que hicisteis vuestra.—y no lo digo por disculparme,— que nos olvidamos

de un cuerpo simple que en ella existía latente, que no podía menos de existir. ¡El amor, ilustre ingeniero, conspícuo letrado! Nos olvidamos del amor y el amor se venga.

MENDOZA.

Tal vez no se haya usted expresado claramente.

ALEJANDRO.

¿Pero no me entiende usted?

MENDOZA.

¿Hizo usted mis proposiciones... la casa... la renta vitalicia?

(Eva rie nerviosamente con las manos apoyadas sobre el clavicordio.)

ALEJANDRO.

¡Si es el amor!

MENDOZA.

¿Ha ofrecido usted dinero?

ALEJANDRO.

¡Si es el amor!

MENDOZA. (Calla sin comprender, mientras Eva rie.)

PABLO.

Lo esperaba. No me sorprende. Y me alegro de soltar el dizfraz, de poner término á esta comedia ridícula. Para mí sería una carga insoportable tener que guardar agradecimiento á la mentira. ¡Paso á la verdad! (A Eva.) ¿Ríe usted? Bueno. Diremos á Lorenzo la verdad, le contaremos todo el pasado de esa pobre mujer, le diremos su nombre, si es necesario le eonfesaremos nuestra falta, todo, y él decidirá entre nosotros: (El rostro de Eva se descompone lentamente al comprender la situación.) usted, que. siendo la impureza y la mentira, desea el señorío de un alma de niño, y yo que solo pido un pedazo de tierra para redimirlo de la esterilidad y de la inercia y llamar á él la turba inmensa de los desheredados y de los tristes. La situación es clara.

ALEJANDRO. (Fascinado.)

¡Demonio!

EVA. (Con un grito.)

¡Ah! No hará usted eso... No lo hará... no. Eso... sería faltar á la piedad, al santo amor del prójimo... (Voz baja, atropellada) No hablo

por mí, no hablo por mí, ¡hablo por él! ¿No comprende usted que eso sería precipitarle al negro fondo de la locura, de donde ya no se puede salir, de la locura que enciende en el cerebro delirante la decisión irresistible de la muerte? ¡Recuerde usted el último rincón, el más sombrio y apartado de la selva, el silencio que acecha, la obscuridad que pesa como una maldición, las aguas que duermen sin una oscilación, y el cadáver del padre que apareció al día siguiente entre las cañas de la orilla!

Pablo.

Ni eso me detiene. Le parezco á usted monstruoso; pero es porque no me comprende. (Dirigiéndose á Alejandro y á Mendoza.) Para vosotros hablo: para tí, espectador excéptico y curioso de la vida, para tí, hombre de ciencia, para todos los hombres dignos de escucharme y de comprenderme. La herencia humana no puede ser entregada á los visionarios que la derrochen ó la abandonen para seguir la sombra engañosa del ideal. El ideal no está allá arriba, en la bienaventuranza imbécil prometida por los mercaderes de ilusión, el ideal está aquí abajo, en la tierra sólida que resiste

á nuestras plantas. Y la tierra no puede ser la madriguera romántica donde solo prosperen flores y perfumes, nieblas y ensueños; la tierra es de todos, de los fuertes que saben acariciarla, adorarla, poseerla para engendrar en su entraña fecunda el hijo bendito, el pan!

EVA. (Manoteando.)

¡Ah! ¡Yo no te entiendo...yo no te entiendo!...

PABLO. (Serenamente.)

Si no hablo para tí, desdichada mujer ..

EVA.

¡Desdichada, sí, pues que caí en tus garras!.. ¡Esto sí que está á mi alcance, lo toco con mis manos, lo veo con mis ojos!... Esto... El engaño... La traición friamente meditada... El traerme aquí, arrojarme á sus brazos anhelantes, gritarle desde las profundidades del bosque:—¡Ahí tienes el Ideal!... y luego otro día á la luz del sol, destrozar ante sus ojos el juguete ridículo lanzando á su rostro y á su amor y á su fe el nombre miserable de una mujer perdida!

ALEJANDRO. (Interesado en la lucha.)

¡Demonio!

EVA. (Abofeteando el espacio.)

Yo no te comprendo fuerte y glorioso. Te veo traidor y cobarde, maquinando la muerte del débil que es tu sangre!

PABLO. (Animándose para volver á su serenidad habitual.)

¿Mi sangre? ¡Si no es él mi único hermano! ¡Son tantos, tantos que llenan la historia y pueblan el mundo! El mundo de los desheredados que no tienen pan.

EVA.

¡Fraternidad de Caín!

PABLO.

Ya es hora de salvar á los hijos malditos de Caín... Detras de mí vienen. ¿No oyes su voz?

EVA. (Rindiéndose.)

Oigo solo la de mi alma que se revela contra el inmenso sufrir. ¡Ten piedad!

PABLO.

Hoy no puedo. (Golpean á la puerta cerrada.) Es él. Te concedemos un momento no más. Si no te decides á dejarle, le diremos quién eres, le revelaremos toda la verdad. Si no quieres

sufrir, vete. Tú sola quedas aquí y tú sola puedes abrir esa puerta. Nos hemos visto por la última vez. Adiós. (Sale por el bosque, Mendoza le sigue, Alejandro se detiene todavía en el lindero del bosque mordido por la curiosidad.)

EVA. (Con voz enronquecida, el puño cerrado.)

¡Por última vez! ¡Por última vez! ¿Qué sabes tú si será la última?

LORENZO. (Detras de la puerta.)

¡Ideal! ¡Ideal!... (Eva da algunos pasos hacia la puerta y se detiene. Vacila.)

ALEJANDRO.

¡Pobre mujer!... ¿Abrirá la puerta?

LORENZO. (Voz inquieta.)

Responde... ¿Estás ahí?... ¡Ideal! (Golpeando.)

EVA.

No... ¡No es posible! ¡Ese hombre me romperá entre sus manos! ¡Me arrojará á sus pies como una muñeca ridícula! ¡La falsificación grotesca del Ideal!

LORENZO.

Soy yo, Lorenzo. Te estoy viendo. ¿Por qué no vienes á mí?

EVA. *(Con voz reconcentrada.)*

¡Mi alma desesperada vuela al encuentro de la tuya!

ALEJANDRO. (Desde la puerta del fondo.)

Eva... Chiquilla...

EVA. (Volviéndose á la voz.)

¡Tú!

ALEJANDRO.

Me das lástima. Ven conmigo y te salvo. Nuestro camino no es este, y me arrepiento de haberte traido.

EVA. (Retrocediendo hacia él, apartándose de la puerta.)

¡El antiguo camino!

LORENZO.

¿Por qué te alejas?... ¡Ya no te veo! (Golpeando.) ¡Ideal!

ALEJANDRO.

¡El de la vida, el del sol! Nosotros no servimos para luchar con estas gentes... Nos aplastarán... Te aplastarán... Vamos... (Llega á tomarla por una mano.) ¡Adiós á la Casa-Araus!

LORENZO. (Estremeciendo la puerta á su empuje.)

¡Ideal! Ideal! No te veo... ¡Me abandonas tú también! ¡Solo! ¡Solo!

EVA. (Deshaciéndose de Alejandro.)

¡Nunca! ¡Nunca! ¡Aquí estoy, Lorenzo! (Descorriendo los cerrojos bruscamente mientras Alejandro se aleja aturdido, con las manos en la cabeza.) ¡Aquí estoy! ¡En tus brazos!...

LORENZO.

¡Al fin!

EVA.

¡Abrázame! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!

LORENZO.

¡Si, adorada, si... Pensé que te perdía! Pero dime ¿porqué te ocultabas?

EVA.

¡Abrázame, otra vez! ¡Más fuerte! ¡Quizás sea la última!

LORENZO.

¿La última? Es verdad que algo flota en el

ambiente, una amenaza indefinible, vaho siniestro de catástrofe y de muerte. Allá, en la estancia de Margarita, la pobre viejecita lloraba, pedía de rodillas... ¡Oh! tú no sospecharás nunca lo que pedía... ¡El bosque, nuestro mundo... el sacrificio de mis hermanos!... Caían sus cabezas una á una... todas, como en un cadalso... Y el hacha no bastaba... ¡Eran tantos! No bastaba el hacha á terminar la obra terrible... El tiempo era corto, era necesario inventar otro instrumento más rápido... una máquina extraña, rechinante... Y el otro, el Ingeniero, la traía en su pensamiento, una sierra que el agua de mis torrentes alzaba y precipitaba como una guillotina siniestra. ¡Oh... si llegaran!

EVA.

¡Lorenzo!

LORENZO.

¡Oh! No temas... Yo no les odio... Yo les quiero... ¡Si vieras cómo suplicaba la triste viejecita!... ¡Oh! no parecía pedir la muerte del bosque... parecía pedir la salvación, la vida, la felicidad de algún sér en peligro...

EVA.

¡La tuya... La tuya tal vez!

LORENZO.

No sé... Me confundo... No entiendo... Y luego... otros hombres, les ví al pasar por esas galerías, un grupo que se apiñaba á las puertas... Un grupo negro del que brotó un murmullo irónico:—¡Allá va!... Y otra voz ronca, que nunca oí antes de ahora, aulló entre risas:—¡Despídete del Ideal!... ¡Despídete del Ideal!

EVA. *(Suspendida á sus hombros, mirándole á la cara.)*

¿Y si fuera preciso que te despidieras de mí para siempre?

LORENZO. *(Sencillamente.)*

Tú lo dijiste: hasta la hora de nuestra muerte. Sería que la muerte había llegado para nosotros.

EVA.

¡Oh! eso es verdad y porque lo es te grito: ¡Señor, defiéndete y defiéndeme!

LORENZO.

¿Ellos?...

EVA.

Sí. Hace un momento quisieron obligarme á la traición, al engaño. Creyéndome formada de barro vil y despreciable trataron de arrancarme una promesa infame, de convertirme en cómplice del despojo. ¡El bosque! ¡Querían el bosque!

LORENZO.

¿El bosque? ¿Y tú venderme? ¿Pero no saben esas gentes que eres tú el ideal?

EVA.

¡El Ideal!... si. ¿Verdad que soy el Ideal? Dime que no has de oir á nadie, que cerrarás los oídos á las voces que murmuren, á las voces que griten un nombre aborrecido de mujer. Quieren matarme á tus ojos, arrojarme como un despojo á tus pies, asesinarme con la palabra ¡mentira!...

LORENZO.

¿Tú morir? ¡Ven á mis brazos, soberana de mi alma, mis brazos que para acariciarte parecen pegados al alma piadosa de la divina Margarita! ¡Ay de los otros, si de pronto se crispan como los de Iván el terrible!

Eva.

¡Lorenzo!

Lorenzo.

No temas, sobre este pecho, tu templo y tu morada; descansa sobre él sagrada é inviolable hasta la hora de nuestra muerte. Te juro que he de cerrar mis oídos y mi alma, como se cierran las puertas de una casa al frío y al horror de la noche, á todo nombre que no sea el tuyo, el que te dí con el primer beso.

Eva.

Nadie debe colocarse entre nosotros. Los dos solos, eternamente solos.

Lorenzo.

Sí, solos... en el Bosque. Su sombra nos aguarda. Volvamos al momento delicioso en que, ahí, en el hueco de esa galería, ante la serenidad radiante de los cielos, te adornaba con las flores de la selva. Entonces éramos felices. ¡Hace tan poco tiempo y tan lejana me parece ya aquella hora divina! Algo surgió después, la realidad miserable que nos volvió á la tierra, á la angustia, al dolor. ¡La realidad! La despreciamos, rompemos con ella, le

volvemos las espaldas y nos vamos á nuestra patria, á la madre nuestra, á la eterna, á la bendita ilusión!

(Por el fondo aparecen D. Pablo y Margarita, Mendoza y Alejandro; detrás de ellos Matías Acero, recatándose; más allá las siluetas negras, indefinidas, de otros que esperan y acechan.)

EVA.

¡Ellos! (Silencio prolongado.)

LORENZO.

No temas. Adelante.

PABLO

Lorenzo, venimos á poner término á una situación ridícula y odiosa. Míranos. Somos tus amigos, tus únicos parientes, tu misma sangre.

EVA (Al oído y detrás de Lorenzo.)

¡Vienen á separarnos! ¡Defiéndeme, Lorenzo!

LORENZO (Sombríamente; se observa que contiene la crispación de sus nervios.)

...¡Mi propia sangre!... Bueno... ¿Qué exige de mí?

PABLO.

Es necesario que alejes de tí esa mujer.

EVA (Como antes.)

¿Lo ves? Contra mí vienen. ¡No les oigas; defiéndeme, Lorenzo!

MARGARITA (Tendiéndole las manos desde lejos.)

¡Cálmate, hijo mío!

LORENZO (Sombrío, agitado.)

¡Su hijo!... Bueno... (Con palabra fría, reteniendo la emoción.) Bueno. Aquí está, aquí está... (mirándose en sus ojos mientras ella murmura: ¡Defiéndeme!) ¡Es necesario alejarla! No... alejarla no. ¡Es necesario arrancarla de mis brazos y arrancarla de aquí, de mi pensamiento! (Golpeándose la frente.)

MARGARITA.

¡Lorenzo!

LORENZO.

Yo no sé, yo no puedo.,. Vamos, acercaos (Silencio.) Nadie se atreve, nadie se atreve... ¡Es que no podéis!

MARGARITA.

Lorenzo, óyeme. Te rodea la mentira. Yo te diré la verdad. Escúchame. Esa mujer...

EVA.

¡Defiéndeme! (Al oído.)

LORENZO.

¿También tú, viejecita mía, también tú quieres arrebatarme de las manos el pan que beso y que ha de sostener mis fuerzas en el largo viaje? ¿También tú sientes el hambre feroz que aguza los dientes de la humanidad?

MARGARITA.

No, hijo mío, quiero salvarte. (Avanzando.) ¡Oh! yo no te temo... Yo quiero devolverte á la dignidad, al honor. ¡Abrir tus ojos á la luz!

LORENZO.

¡La luz! Pero, desdichada, ¿también quieres matar el encanto de la sombra?

PABLO. (Adelantándose.)

Basta, Lorenzo. Mi voluntad ha de cumplirse. Siento en mí el vigor inexorable de una ley que lentamente se desenvuelve y que ha de arrollarlo todo. Hoy mismo, ahora mis-

mo, esa mujer, indigna de tí y de nosotros, ha de salir de la casa de Araus.

LORENZO. (A Eva en voz baja.)

¡La casa de Araus! Dijo así... ¡La casa de Araus!... ¡Pero ese hombre está loco!... ¡Sí! ¿Cómo pudo olvidar que esta es mi casa, la casa de mis padres, que todo lo que nos rodea, la selva inmensa, los barrancos sombríos, las fuentes y las charcas, las flores y las peñas desde la yerba que rastrea en el fondo del valle hasta la cumbre que mete en el cielo sus picos, todo es mío, mi patrimonio, mi cosa? (A ellos.) ¡Ah, os pude perdonar cuando sólo codiciabais mi hacienda, la gleba miserable! Pero ahora que pretendéis tocar al ideal, despojarme del pan con que mi alma se deleita, os aborrezco y os maldigo! ¡Ya no sois los míos! ¡Sois los otros! ¡Atrás! ¡El amo de esta casa os manda salir!

MENDOZA. (Bajo.)

Cuidado, Pablo.

MARGARITA.

No expongas tu vida.

MATÍAS. (Su voz se destaca humilde.)

Sus mercedes no le conocen.

LORENZO.

¡Mirad que aun puedo contener al abuelo, que aun soy dueño de mis puños que se crispan, de mis dientes que crujen, de mi sangre que hierve, de los gritos de horror que se agolpan á mi garganta! Pero muy pronto ya no podré dominarme. ¡Yo soy el heredero de Iván el terrible!

PABLO.

¿Te niegas á oirnos, á conocer el nombre y la condición de esa mujer que guardas sobre tu pecho?

EVA.

¡No les oigas, Lorenzo mío, no les oigas!...

MARGARITA.

Lorenzo, hijo mío, escúchanos...

MATÍAS. (Obsequiosamente.)

Si sus mercedes quieren... (Poco á poco va pasando al primer término convenciendo á Mendoza y á Alejandro.)

LORENZO.

¡Si no he de oiros, si no he de creeros, aunque arrojéis delante de mí, deslumbrando mis ojos, la verdad soberana, la que desciende hasta nosotros desde el trono de Dios! ¡Paso, paso!

MARGARITA.

¿A dónde vas?

LORENZO.

A la selva. A la libertad. Lejos de vosotros.

PABLO. (Interponiéndose.)

Pues bien, no saldrás. Yo en nombre de la familia, de la Ley y de la Humanidad, te cierro el paso. Para los desgraciados como tú y como esa, la sociedad tiene asilos que son la defensa suprema de la higiene y de la moral.

EVA. (Soltándose de los brazos del loco.)

¡El encierro! Lorenzo, me rindo. ¡No puedo más! Déjame, abandóname.

LORENZO. (Sujetándola.)

¿A dónde vas? Aquí. Quieta.

EVA (Mientras el grupo de la familia habla rápidamente. Matías se ha hecho escuchar; su figura se destaca ante los otros.)

¿Pero no oyes lo que dicen? Si no me dejas marchar, te llevarán á una casa horrible... ¡Ah, tú no sabes lo que es eso... te encerrarán como á las fieras y agonizarás como los animales heridos en el desierto, aullando de horror! Si me dejas marchar, ellos respetarán tu libertad y tu vida. ¡Volverás á la selva y la selva te consolará!

LORENZO. (Con exaltación salvaje.)

¡La selva! ¿Qué sería la selva sin tí? ¡Poema sin sentido, templo sin Dios! No, no te suelto. Siempre, siempre conmigo. ¡Paso! ¡Paso! (El grupo se retira replegándose, hablando en voz baja, escuchando á Matías que habla con pesados ademanes, convenciéndoles.) ¿Qué podeis contra mí? ¡Yo soy el amo, el Señor, y vuelvo á la selva á proclamarla á ella, á la adorada, Reina y Diosa de la Naturaleza inmortal!

PABLO.

Es preciso, no hay otro medio... Adelante, Matías.

MATÍAS.

Retírense sus mercedes... Nada de alarmarle... Yo solo... solo (Avanza lentamente recogiendo su cuerpo de gigante torpe, con la mano izquierda á la espalda ocultando algo. Matías y Lorenzo se miran fijamente á distancia, en silencio.)

LORENZO.

¿Quién eres? Nunca te he visto y sin embargo,(Pensando las palabras que salen lentas evocando el recuerdo.) sin embargo, parece que hay en el fondo de mi alma algo que te reconoce.

MATÍAS.

Ya lo creo, mi señor. Si éramos inseparables. Su merced cogiendo flores, siguiendo como un inocente el vuelo de los pájaros y de las brumas... Y yo detrás... siempre detrás.

LORENZO.

Eras tú... Eras tú...

MATÍAS.

Si, mi señor. Nunca pudo verme. Era su merced un inocente... (Procurando acercarse.)

LORENZO.

Pero ahora te veo. El misterio alevoso que

me rodeaba ha tomado cuerpo y vida y hoy se alza ante mí en todo su horror de monstruo y de fiera. (Matías retrocede sonriendo.) ¡Oh, nunca podrás comprender cuánto te odio!

MATÍAS.

¿Por qué, mi señor? Nunca le hice daño. (Eva, fascinada por Matías, le mira con terror, procurando descubrir lo que oculta á la espalda.) Mire, nosotros hemos nacido para el bosque.., estas gentes no nos entienden... ni esa tampoco... Mire, mi señor, déme el brazo y vámonos allá. (Intenta acercarse y se detiene; no está seguro del golpe.) Si no lo llevan amarrado...

EVA.

¡Oh!

MATÍAS.

Amarrado, allá, al gran palacio de los inocentes, y yo aquí me quedo. Mire que tengo ya escogido el árbol para empezar... es un tilo, el tilo de sus amores, la Virgen de la Umbría como su merced lo llamaba, y después otros, muchos, todos... (Acércase distrayéndole.) La tierra toda será un campo santo de troncos muertos.

LORENZO.

Te engañas, ¡yo les salvaré! (Hace un movimiento para ir á él, terrible, amenazador. Matías se prepara y descubre las esposas que lleva ocultas en la mano izquierda.)

EVA. (Con un grito que se confunde con otro de Matías.)

¡Ah! (Se interpone agarrándose á las esposas, mientras Matías la sacude violentamente.) ¡Defiéndete! ¡Las esposas! ¡Las esposas! ¡Las traía ocultas para tí!

MENDOZA. (Desde el fondo.)

Cuidado, Matías. (El grupo se arremolina en la puerta.)

PABLO.

¡Adelante vosotros!

EVA.

¡Lorenzo, defiéndeme! (El gigante la domina con ademán lento y seguro, sonriendo, hasta tumbarla en el suelo; pero ella le impide incorporarse mordiéndole las manos.)

LORENZO.

¿Tú á ella.... tú á ella? Déjala, desgraciado, ten piedad de tí! ¡Oh, la muerte, la muerte!

¿No la ves? ¡Te rodea, se inclina sobre tí! (Corriendo al hacha.)

PABLO.

¡Pronto, Matías!

MARGARITA.

¡Lorenzo, por tu madre!

EVA.

¡Suelta!

(Estas voces suenan simultáneas. Mientras Eva se retuerce, el gigante baja la cabeza para deshacerse de ella y en aquel punto Lorenzo descarga el hachazo. Matías se levanta, lleva sus manos á la cabeza y vacilando, como si se desgajase, cae al suelo. El grupo del fondo huye dando gritos de terror.) ¡Lo ha matado!

EVA.

Lorenzo, tú, tú... ¿Qué has hecho? (En el suelo, desesperada.)

LORENZO (Con el hacha en la mano ante el cuerpo de Matías.)

No... he sido... yo... ¡fué Iván el Terrible!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En la entraña del bosque, junto á la laguna.

El agua, negra é inmóvil, se descubre en el fondo por entre el ramaje de los árboles. En ella se meten raíces enormes, retorcidas; de ella surjen cañas y helechos gigantescos. Por la derecha la masa de verdura trepa agarrándose á un amontonamiento de rocas que domina la laguna y avanza como un promontorio. En término anterior àrboles, verdaderos colosos de troncos cubiertos por el musgo y de cuya bóveda impenetrable cuelgan la hiedra y las lianas descendiendo hasta el suelo oculto bajo el césped, las hojas y los troncos muertos. Algunos rayos de luz, vagos é indecisos, se quiebran en el agua negra.

Por mucho tiempo el paisaje permanece solitario y silencioso. De vez en cuando la racha de viento agita el bosque y entonces caen hojas y ramas que golpean en el suelo ó se hunden en la laguna salpicando el agua. Después todo vuelve á la inmovilidad y al silencio. De pronto se oye á lo lejos el sonido de una flauta de caña; son tres notas bárbaras que modulan una melopea primitiva y monótona y que se acerca ó se aleja difundiéndose hasta perderse como una voz melancólica y vagabunda.

Los invisibles hablan: son voces de hombres de timbres muy diversos; se oyen á diversas distancias.

PRIMERA VOZ.

¡Ohé... ohé... tú! ¿Te has dormido ó es que te mataron? ¡Tiodoro!

SEGUNDA VOZ.

No es Tiodoro. Ese está más lejos.

PRIMERA VOZ.

¿Pues quién eres?

SEGUNDA VOZ,

Habla bajo. ¿No me has conocido? El Bermejo soy.

PRIMERA VOZ.

Yo te creí preso. ¿Por dónde van los guardias?

TERCERA VOZ. (Voz lamentosa de muchacha en lo más espeso del bosque.)

¡Pobres de nosotros! ¡Pobres de nosotros!

(A ella contestan voces aisladas y muy lejanas de queja que se juntan en un rumor prolongado en el que se destacan las palabras; ¡Que vienen! ¡Que vienen!)

PRIMERA VOZ. (Después que se restablece el silencio.)

¿Quién es esa que se lamenta?

SEGUNDA VOZ.

No lo sé; por aquí no está.

PRIMERA VOZ.

Por aquí tampoco. Tal vez pasó huyendo.

SEGUNDA VOZ.

¿Oiste cómo resonaba el bosque? Parecía que despertaba.

PRIMERA VOZ.

Parecía que lloraba. Son los pobres perseguidos.

SEGUNDA VOZ.

¿Sabes tú por qué es todo esto?

PRIMERA VOZ.

¿Todo esto?

SEGUNDA VOZ.

Sí, la batida del bosque, los guardias, el ingeniero al frente...

PRIMERA VOZ.

¿Nada sabes?

SEGUNDA VOZ.

Pienso que entraron en busca de contraban-

distas... Tal vez algún criminal se ocultó en el bosque... Quizás hacen limpia de cazadores y carboneros...

PRIMERA VOZ.

Esto no va contra nosotros. Va contra don Lorenzo.

SEGUNDA VOZ.

¿Contra el amo?

PRIMERA VOZ.

Eso. Esta mañana enloqueció del todo.

SEGUNDA VOZ.

Tal vez que lo enloquecieron. Eso querían.

PRIMERA VOZ.

Verdad. Dicen que hirió ó mató á Matías Acero.

SEGUNDA VOZ.

¡Buen golpe!

PRIMERA VOZ.

Por eso le persiguen y á nosotros para que no le ayudemos en su fuga.

CUARTA VOZ. (Voz ronca de mujer.)

¡Corre, Troyano, corre... por aquí... por

aquí! (Rumor de hojas y ramas que se rompen al paso de la que huye. El sonido de la flauta se acerca.)

PRIMERA VOZ.

¡Cómo huye! Parece un jabalí rompiendo la maleza.

SEGUNDA VOZ.

¿La conociste?

PRIMERA VOZ.

Sí. Era la Troya pues llamaba á su hermano. ¡Ahí va él! (Rumor de hojas pisoteadas y de una respiración fatigosa que se aleja.)

SEGUNDA VOZ.

Va jadeante. Viene de muy lejos.

PRIMERA VOZ.

¿Se acercan los otros?

SEGUNDA VOZ.

¡Oh, no! Les ví antes meterse por la Bóveda de plata. Las antorchas iluminaron de pronto las hojas de los álamos que resplandecieron como un templo. ¿No oyes los perros que ladran furiosos en la alquería? Por allá van.

PRIMERA VOZ.

De aquí sólo se oye el canto del Primavera soplando en su flauta de caña.

SEGUNDA VOZ.

A ese nada le interesa, ni nadie le persigue.

PRIMERA VOZ.

Todos saben que es un loco inofensivo.

SEGUDA VOZ.

¡Si pudiéramos llamarle!

PRIMERA VOZ.

¿Y para qué? No se acercaría. Siempre va solo.

SEGUNDA VOZ.

Él es el único que podría avisar al señor de Araus.

PRIMERA VOZ.

Verdad. Y bien lo merece, pues aquí nos deja vivir.

SEGUNDA VOZ.

Dicen que quieren quitarle el bosque para talarlo.

PRIMERA VOZ.

Probemos. (Gritando.) ¡Primavera!

SEGUNDA VOZ.

¡Primavera! (A estas voces la selva se conmueve; brotan de todas partes quejas aisladas, ayes de dolor, gritos de cólera. Parece que el sollozo se contagia de matorral en matorral hasta confundirse en un rumor inmenso que se dilata, decrece por grados y al fin se extingue á lo lejos.)

LOS INVISIBLES.

¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Que vienen! ¡Por el barranco! ¡Los perros... los perros!

VOZ DE MUCHACHA.

¡Pobres de nosotros! ¡Pobres de nosotros!

VOZ RONCA DE MUJER.

¡Huye... escapa... por aquí!

PRIMERA VOZ.

¡Huyamos, Bermejo!

SEGUNDA VOZ.

¡Huyamos! (Gran rumor de hojas secas y ramas tronchadas... es el galope furioso de los que huyen.)

VOZ EN LA ALTURA.

¡Malditos!

VOCES LEJANAS.

¡Misericordia, señor, misericordia!

UNA VOZ AISLADA.

¡Los perros! (El rumor se aleja apagàndose. Cuando la selva vuelve al silencio, muy lejos, casi imperceptibles, se escuchan las tres notas de la flauta del Primavera.)

(Entonces es cuando aparece Lorenzo, trepando desde el abismo al plano del paisaje. Sus ropas están desgarradas, su exaltación es grande. Lorenzo es ya un loco. En la mano izquierda conserva el hacha, la derecha la tiende, inclinándose sobre la vereda, á Eva aún invisible.)

LORENZO.

Ya llegamos... un último esfuerzo... ¿No puedes?

EVA. (Luchando por subir.)

Voy... voy...

LORENZO.

Espera... espera. Mis brazos te toman, te arrancan del abismo donde crujen los huesos y rechinan los dientes de los hombres y te

depositan como un cáliz en el santuario del Ideal. Asi... así... (Ejecutando lo que dice con ademán fuerte y lento.) ¡Ya estas en salvo!

EVA. (En voz baja, entrecortada, de timbre casi infantil.)

Ya estoy en salvo... ya estoy en salvo... (Al mirar el paisaje se aprieta medrosa contra Lorenzo. También ella trae desgarradas las ropas, suelto el cabello, de donde cuelgan ramas espinosas y flores.)

LORENZO.

¿Qué tienes? ¿Por qué así te aferras á mi cuello?

EVA.

Me parece que de pronto he caido en otro mundo.

LORENZO.

Pensaste bien. Otro mundo. (Con gran misterio.) ¡Estamos en la misma entraña formidable y fecunda de mi selva! Ella nos proteje y cierra el paso á nuestros perseguidores. ¡Y pensaban alcanzarnos, separarnos! ¿Oiste cómo gritaban: «Al loco... al loco...»? ¡Ya ves lo que hizo el loco!

EVA.

¡Lorenzo!

LORENZO.

No temas. Ya sabía yo que nos aguardaba este asilo supremo, protegido por la barricada inexpugnable de mi madre la sombra y de mis hermanos los árboles... (Con acento de convicción profunda.) Mira los troncos que se entrelazan, las ramas que se buscan, las raices que surgen del suelo retorciéndose como serpientes, las lianas que amarran como cuerdas la clave de esta bóveda rumorosa é impenetrable... Mira la sombra, la sombra inmensa que cuelga del follaje como una tela de arañas, negra y monstruosa. ¿Quién podría rasgarla? ¿No sientes que somos sus prisioneros? ¿No ves que estamos en ella prendidos por toda una eternidad como dos mariposas gigantescas?

EVA (Fascinada y contagiada por el delirio del loco.)

¡Oh, si fuera cierto!

LORENZO.

¿Lo dudas?

EVA.

¡Si fijara por siempre entre sus mallas nuestros cuerpos! ¡Así! ¡Uno al otro aferrado, sorprendidos en este momento único, petrificados milagrosamente, dando la vida inmortal de las cosas inanimadas al gesto soberano del amor!

LORENZO. (Riendo como si aplaudiese.)

¡Eso, eso mismo! La selva te inspira... Seríamos como esas estátuas, labradas por los divinos griegos, que los bárbaros arrojaron al pantano y desde entonces duermen, ignoradas de todos, en su fondo remoto, inaccesible, adonde no llegan las tempestades.

EVA (Luchando con el sentimiento de la realidad.)

¡Oh!, ¿por qué no ha de ser verdad?

LORENZO.

Lo es, sí, lo es. ¿No siente tu espíritu la inefable sensación del légamo y del agua dormida, como una caricia de paz, de sueño, de muerte?

EVA.

¡La paz... el sueño... la muerte!

LORENZO.

Aquí vive... ¿No me entiendes? ¿No entiendes estas cosas tan claras? ¡Aquí aletea el murciélago gigantesco!

EVA.

¿Qué dices? ¡Vuelve en tí!

LORENZO.

Aquí vaga el soplo supremo desprendido de los labios entreabiertos de la mujer desconocida... Aquí la encontré .. aquí. De estos árboles desgajamos las ramas para construír la siniestra parihuela. Aquí duerme, en el eco mudo de este santuario, su nombre ignorado... aquí resonaron los golpes del hacha, que aun vibran bajo mi cráneo, cuando labrábamos los troncos del laurel. Ya ves que esto es sagrado... que hasta aquí ninguno vendrá... ¡El loco de Araus te salva!

EVA.

¡Oh, no hables de ese modo, no grites esa horrible palabra, vuelve en tí, alma noble y sombría y defiéndete de la realidad que nos acecha!

LORENZO.

Pero ¿qué dices?

EVA.

Tú eres hombre, tú eres fuerte; dame la mano y sácame de esto, de esto que nos invade y nos paraliza. ¡Sálvate y sálvame contigo!

LORENZO (Con profunda tristeza.)

Has dudado de mí. Piensas que aún el peligro nos amenaza... (Exaltándose nuevamente.) ¿Pero donde está, por donde viene?

EVA.

¿Lo sé yo acaso? ¿Quién podría ver en estas tinieblas que así desfiguran la realidad dándole contornos fantásticos? ¡Oh, yo me siento invadir por la onda negra, temo volverme loca y no entender... no ver... no acertar á defenderte y á salvarte! (Buscando argumentos en las ideas del loco.) Mira. . atiende... Esta sombra que imaginas protectora, esta selva que juzgas barrera infranqueable, nos sujeta, nos cierra el camino, para entregarnos vivos y atados á los que se aproximan y han de llegar hasta aquí! ¡Huyamos... huyamos!

LORENZO (Con desaliento.)

¡Oh, pobre criatura, cómo maltratas á nuestra madre la selva!

EVA

¡Ilumíname, señor! ¡Entiéndeme, Lorenzo, entiéndeme bien!...

LORENZO.

¿Dices que nos atará para entregarnos como los pececillos que la red arrastra á la playa, palpitantes, contorsionados grotescamente por una angustia que nadie comprende y que sin embargo es la de la muerte?

EVA.

Sí, eso digo, eso; mas no temo por mí, temo por tí que has matado. ¡Porque te veo prisionero en las mallas, palpitando en la playa desolada, contorsionado grotescamente por una angustia que *los otros* no han de comprender y que, sin embargo, es la angustia suprema de la muerte!

LORENZO.

¡No... calla .. calla!... ¡Aunque eso fuera!... —¡que no será, no será!...—nunca nos sorpren-

derían contorsionados ridículamente por el sufrimiento, nos verían abrazados, hermosos y serenos como dos estátuas inmortalizando el gesto soberano del amor! ¡Tú lo dijiste! (Está en el centro del paisaje, erguido, hermoso y sereno como una estátua.)

EVA. (Con un grito agudo.)

¡Ah! Lorenzo, escucha... ¡por allí!

LORENZO.

¿Qué? ¿Por dónde?

EVA.

¡Escucha... por donde vinimos .. se acercan... se acercan... huyamos!

LORENZO. (En el arranque de la vereda.)

No son ellos... ¿Lo ves?... ¿Crees ahora en mis palabras? Hasta aquí no pueden llegar... es otro...

EVA.

¿Otro?

LORENZO.

Uno de los míos. Es madre Angustias arrastrando su haz de sarmientos. Mírala cómo

sube, cómo jadea... el haz la oculta bajo su masa. Parece que sube solo, quejándose.

EVA.

¡Miseria! (Ambos siguen con la vista la aparición. Hablan en voz baja, conmovidos.)

LORENZO.

Es el genio del bosque. Nadie sabe los años que vivió. Es sorda, casi ciega. No nos verá ni oirá...

EVA.

¡Ah, cómo suspira... se ahoga!

LORENZO.

Ahora se detiene. Descansa como una bestia rendida.

MADRE ANGUSTIAS. (Apenas se distinguen, bajo el montón de leña, sus pies descalzos, el refajo desgarrado, las manos trémulas. Desde lejos la precede sin abandonarla hasta que se aleja, el resuello precipitado de su pecho.)

¡Ay, Virgen de la Cruz... que me ajogo... dame... aliento... Virgencita mía!

LORENZO.

¿Qué dice?

EVA. (Con súbita inspiración.)

¡Oh, mira el valor de la pobre bestia, mira cómo sube la horrible pendiente... llorando... cayendo!...

MADRE ANGUSTIAS.

¡Pa lante... pa lante... arriba! (Deteniéndose y gritando al bosque.) ¡Alerta, hermanos, que llegan! (Otra vez se encorva y murmura en voz baja.) Pa lante... á escapar...¡Virgencita de la Cruz!... (Por largo tiempo se oye el fragor de su pecho anhelante.)

LORENZO (Confuso, en voz baja.)

¿Pero qué dice? ¿Lo entiendes tú? Parece que huye... que abandona la selva.

EVA

¡Eso! El genio del bosque lo abandona. El bosque está condenado y esa pobre vieja centenaria, sin otra hacienda que un haz de leña, ama la vida y la defiende trepando por la cuesta dolorosa, cayendo y levantando, manchando con su sangre las piedras del camino.

LORENZO.

¡Abandona el bosque!

EVA (Con creciente exaltación.)

¡Lo abandona! Esa vieja es la imagen de la vida, es la vida misma, dolorosa, mezquina... lo que quieras... pero vida al fin. Mírala cómo se aleja, subiendo la pendiente, encorvada bajo el peso de la cruz.

LORENZO.

¡Oh, qué cruz tan pesada!

EVA.

¿Pesada? Pues aún siéndolo tanto, esa vieja encuentra fuerzas para erguirse y con voz en que vibra el acento cálido de la vieja fraternidad humana, avisa á los débiles, á sus hermanos, á nosotros... que la vida está en peligro, que huyamos del bosque, porque lo asalta el ejército de los fuertes.



LORENZO. (Rehuyendo la verdad, retrocediendo, casi tapándose los oídos.)

¿Por qué me hablas con esa voz? ¡Esa voz no es la tuya, no es la que yo te dí!... ¡Tú eres mía!

EVA. (Abrazada á él.)

¡Tuya, sí, tuya!

LORENZO.

¡Tú eres mi obra maravillosa! ¡Tú eres la esperanza, la eterna burladora de los humanos, que yo logré arrancar al iris de las alturas y encerrar centelleante en el fondo de esos ojos! ¡Tú eres la ilusión, el ave inmaculada que enmudece y muere en cuanto se tocan sus plumas y que yo he logrado poseer, prisionera y viva, entre mis brazos! ¡No quiero que cambies!

EVA (Desprendiéndose bruscamente de sus brazos.)

¡Suelta, Lorenzo, suelta!

LORENZO (Contemplándola de lejos al soltarla.)

¡Tú eres la forma de mi deseo, la línea rebelde que el artista persigue inutilmente en las eternas noches de fiebre creadora, que de pronto se ciñe, conquistada y sumisa al contorno de tu cuerpo divino! (Cayendo de rodillas.) ¡No quiero que cambies! ¡Déjame que te adore!

EVA (Desesperada.)

¡Desdichado... loco!... ¿Cómo hacerle entender? (De pronto: hay angustia y hay cólera en su

acento.) ¿Y si yo no fuese... eso que imaginas? Si yo fuese... ¡oh, entiéndeme bien que en ello nos va la vida!... ¿si yo fuese... el haz de leña de aquella pobre vieja, me llevarías resignado y valiente por la cuesta de la vida?

LORENZO.

Pero, si tú no eres eso... ¡Si tú nunca encorvarás mis hombros á la tierra, si tú siempre atraerás mis ojos á la altura, flotando ante ellos!

VOZ EN EL BOSQUE.

¡Por la laguna!

OTRAS LEJANAS.

¡Misericordia... misericordia!

EVA.

¡Ah, se acercan!... ¿No oyes sus voces? ¡Es la realidad, es la verdad que se abre paso derribando á hachazos los árboles que nos defienden!

LORENZO.

¡El bosque es impenetrable! ¡El bosque es inmortal!

EVA.

¡Sólo la verdad es indestructible y yo no quiero que brote de sus labios, que *ellos* la traigan! ¡Yo te la doy!... ¡Yo, tu hija, abriré tus ojos á sus fulgores con el mismo gesto desesperado con que te los cerraría en la hora de la muerte!

LORENZO.

¡Calla... calla!

EVA.

Era necesario... prefiero el suicidio á que ellos me maten ante tus ojos.

LORENZO.

¡Ideal!

EVA. (Sobre las rocas, resuelta, con ademán trágico, como si se diera de puñaladas.)

¡Escúchame, pobre loco, escúchame! ¡Todo esto es mentira... mentira... mentira!

LORENZO. (Riendo convulsivamente.)

¿Mentira todo esto? ¿La selva, la sombra, tú?

EVA.

¡Yo!... ¡Yo soy la mentira cruel con que los

que avanzan entre antorchas engañaron tus ansias, el juguete ridículo que pusieron en tus manos de niño! ¡Yo soy el haz de leña, la cruz que pesa sobre tus hombros y que te tumba por tierra, Nazareno visionario del amor!

VOCES EN EL BOSQUE.

¡Lorenzo! ¡Lorenzo!

UNA VOZ AISLADA.

¡Por la laguna!

LORENZO. (Vacila y se tambalea como un árbol desarraigado, tiende los brazos, manotea como si quisiera taparle la boca.)

¡Espera... no sigas... te estás matando ante mis ojos... espera! ¡Ideal!... (Sujetándose la cabeza.) ¡Calla... calla!

EVA.

¡No, no, no! ¡Ya es tarde! Yo quiero decirte la verdad antes que los otros la griten con aullidos de fieras. Yo no soy la hija divina de tu pensamiento, yo soy la hechura miserable de la realidad!... (Desde este momento los gritos inarticulados de Lorenzo interrumpen las frases.) Mira hacia aquí. Quiero arrancarme, como

si me desnudase ante tus ojos, el ropaje espléndido que me cubre... ¡Desnuda... desnuda! (Riendo con orgullo lastimoso.) Aun podrías adorarme, loco divino, aun podrías quererme por lo que soy, si tus ojos entendiesen la realidad... ¡aun este cadáver es hermoso! Yo soy una criatura infame... ¡Así, á puñaladas!... ¡En mis labios palpitan todavía los besos de amor que ot.os dejaron!... (Para sí.) ¡Dios mío! (Con nuevo ímpetu.) ¡En mi garganta se atropellan los nombres de otros... de otros... que me compraron... que me compraron... sí, sí... porque yo soy la cosa que se vende! (Lorenzo cae de rodillas; ya no grita, sus ojos adquieren una fijeza extraordinaria, como si prestase oído á un rumor lejano.) ¡Así, así... desnuda... cubierta por la sangre de mis heridas! (Con voz ronca, más para sí que para su amante.) No me ve... no ve la realidad... solo adoraba su sueño... y yo lo he matado... (Rompe á llorar vencida.) ¡Me he dado muerte ante sus ojos!

LORENZO. (En el silencio interrumpido sólo por los sollozos de Eva se destaca de pronto la voz del loco; es una voz balbúciente. opaca, monóiona, parece otra.)

Pero ... ¿qué es esto?... (Sujetándose las sienes.) ¿Qué es esto? ¡Silencio... silencio!... ¡Por piedad!... Yo conozco este ruido... ¡Es un golpe

profundo, monótono, implacable! ¡Ah! de alli viene, de allí! (Señalando á la profundidad del bosque.) ...¡No, resuena aquí dentro... bajo mi cráneo... vive conmigo hace mucho tiempo... dormía y ahora se despierta! ¡Ah!... (Imitando el ruido que le persigue.) ¡Jam!... ¡Jam!... ¡Jam!

EVA. (Tendiendo á él los brazos.)

¡Lorenzo!

LORENZO. (Sin oirla, sin verla.)

¡Ah!... ¡Al fin! ¡Ya te conozco!... Eres el golpe del hacha con que los leñadores desgajaron las ramas de laurel para construir las andas donde habíamos de llevar el cadáver de la desconocida. (Satisfecho por haber acertado, sonriendo lastimosamente.) ¡Cómo trabajan... ·cómo trabajan!... ¡Jam!... ¡Jam!... ¡Jam! (De pronto dirigièndose á Eva que solloza en el fondo.) Tú...Tú... quien seas... no te conozco... ¿Sabes el nombre del cadáver?

EVA. (Sollozando.)

¡Se llamaba Ideal!

LORENZO. (Con sollozo inmenso que despierta los ecos del bosque.)

¡Mi Ideal... muerto... muerto!... ¡Lo han

matado! (En tierra, con el rostro oculto entre las manos.)

LOS INVISIBLES.

¡Lo han matado... lo han matado... lo han matado! (Las voces suenan en distintas direcciones, con acentos diversos... y se alejan. Los invisibles huyen.)

EVA. (Repitiendo inconscientemente.)

¡Lo han matado! (Después se acerca á Lorenzo, se inclina, besa sus cabellos y quiere alejarse.)

LORENZO. (Alzando el rostro bruscamente.)

¿Quién me besó? ¡Un beso... un beso!

EVA.

Fué el ama del Ideal que huye del bosque.

LORENZO. (De rodillas, de frente al bosque, los brazos en alto, con acento desgarrador.)

¡Detente, alma mía, escúchame! (Con voz vibrante de emoción contenida.) Yo quiero decirte que te amo y te espero. Que te esperaré como te he esperado todas las noches de mi vida pasada con el rostro pegado á los cristales de mis ventanas, registrando con mis ojos, buscando con mis labios el hueco de la sombra donde vagas y te escondes. Que otra vez para

tí arderán los viejos troncos en la chimenea, y la lámpara familiar abrazará con círculo de luz cariñosa la mesa donde aguarda tu puesto vacío. Que de nuevo para tí deshojaré en el pavimento las flores del bosque y volverán á arder las bugías detrás de los cristales y mi alma se estremecerá pensando que la tuya, como un pájaro nocturno, bate sobre ellos sus alas, encandilado por la luz y mojado por la lluvia. Que otra vez el pobre loco de Araus, en el umbral de su casa, frente á la selva, con los brazos abiertos, como la cruz de una ermita, esperará á que llegues y en ellos te enclaves por toda una eternidad.

EVA. (Acercándose de nuevo, retorciéndose los brazos.)

Lorenzo, señor de mi alma, ¡perdóname, perdóname!

LORENZO. (Como si despertase.)

¿Quién eres? ¿Por qué gritas mi nombre si no te conozco? ¿Por qué lloras si mi dolor no es el tuyo?

EVA.

¡Mírame, Lorenzo, mírame!

LORENZO. (Después de contemplarla afanoso.)

¡Ah!... Yo te he visto... eres... ¡eso, sí!... eres el cadáver de la mujer desconocida para quien fabricamos la parihuela siniestra.. Yo también soy leñador... yo también he manejado el hacha... (Riendo al empuñarla.) Ya verás.., Desgajaré los laureles todos... irás á la tierra coronada de laurel... Duerme, pobre cadáver; allá va el leñador. (Dirigiéndose al bosque con el hacha levantada.)

EVA.

¡Un cadáver, sí, el cadáver de tu Ideal!

LORENZO.

¡Mentira, el Ideal es inmortal! (Deteniéndose.) Tú no eres el Ideal... tú eres otra cosa... tu nombre es otro... ¡Dímelo, habla... tu nombre maldito!

EVA.

¡Qué importa el nombre de un cadáver! Si tú no lo conoces... ni los otros tampoco... yo misma lo he olvidado... María, Beatriz, Eva... ¿qué sé yo?... nombres de guerra infames, nombres que evocan las imágenes borrosas de una niña que pide limosna, de

mujeres que ríen, que lloran, que pasan rechinando los dientes y retorciéndose las manos... ¡Fantasmas, fantasmas!

VOZ INTERIOR. (Muy distinta.)

¡Eva!

EVA. (Lanzando una carcajada de triunfo.)

¡Eva! ¡Ese nombre llega tarde! (A Lorenzo rápidamente.) Y ahora hablo para tí, para tí solo, de prisa, antes que los otros lleguen y nos separen para siempre. Yo quiero que tú sepas que esos no me compraron para engañarte, que vine á esta aventura por curiosidad, tal vez por lástima... tal vez porque, sin darme cuenta, me empujaba el destino hacia tu hogar solitario... (Con angustia inmensa.) ¿Pero no me entiendes? ¿No me crees? ¡Despierta, alma dormida!

LORENZO. (En voz baja como si rezara.)

... Yo soy la mentira cruel .. ¡Mentira! ¡Todo es mentira!

EVA.

¡Oh, me creerás, me creerás! ¿Pero, cómo, cómo?(Con brusca inspiración, mostrando con gesto

trágico el fulgor de las antorchas que se acercan.) ¡Señor de Araus, mira, allí! Por allí se acercan tus enemigos; aquel es el camino por donde llegué, la senda fácil de la vida por la cual podría alejarme. Y sin embargo, renuncio á ella, la desprecio, la odio y me voy por esta otra, por la senda de la laguna que es el camino de la muerte. Quiero que me creas.

LORENZO.

¿A la muerte?

EVA.

No; yo soy ya un cadáver: el cadáver de tu Ideal. Voy á la tumba.

LORENZO.

¿Tú?

EVA.

¡Ah, señor de Araus, alma romántica y sombría, me has conquistado, me has cambiado! (Con expresivo gesto.) ¡Si supieras qué asco tan profundo me produce la vida!

UNA VOZ.

¡Arriba, allí están!

EVA.

Ya llegan .. nos cercan... ¡Yo quisiera decirte aún tantas cosas!... ¡Y sólo tengo tiempo para gritarte que te amo! (Desaparece entre los juncos y las cañas que rodean la laguna.)

LORENZO. (Incorporándose.)

¡Espera, espera!... ¡Tú... Maria... Beatriz... Eva!... ¡Ah, nombres malditos...! ¡Ideal!

EVA. (Oculta, con un grito..)

¡Ah... ese... ese nombre!

LORENZO. (Lanzándose tras ella.)

¡Espérame... Allá voy!

(Por todas partes aparecen en tal punto los enemigos. Son gentes siniestras, anhelosas. El fulgor de las antorchas ilumina el paisaje.)

VOCES.

¡Nadie... nadie!

UNA VOZ. (Dentro.)

¡Tiene un hacha!

PABLO (Dentro.)

Que no se toque ni un cabello..

ALEJANDRO. (Dentro.)

No olvidar que es un loco...

UNO DE LOS QUE ENTRARON.

Aquí está el hacha.

PABLO. (Entrando.)

¡Lorenzo!

UNA VOZ.

Sobre las rocas. ¡Donde se mató su padre!

ALEJANDRO.

¡Allí! (Señalando á la altura donde aparecen abrazados Lorenzo y Eva.)

PABLO. (Desesperado.)

¡Salvadles!

LORENZO.

¡Ninguno avance si no busca la muerte! ¡Atrás! (Todos se detienen, retroceden subrecogidos) Talad, romped. Que el hacha derribe los colosos del bosque, que la luz barra la sombra, que la voz humana rompa el silencio. Matad el misterio. Todo es vuestro. Para nosotros la laguna. ¿Pensábais encadenarnos? Mañana cuando el bosque no exista existirá la laguna.

Entonces, mirad bien, interrogad el haz negro de las aguas y en el fondo veréis los cuerpor como dos estátuas, abrazados, medio hundidos en el légamo, indiferentes y hermosos, eternizando el gesto soberano del amor. (Se precipitan al agua; ésta se abre y salpica furiosamente.)

PABLO. (Corriendo á la laguna.)

¡Desgraciado!

ALEJANDRO.

¡Loco!

PABLO. (Deteniéndose, cegado por el agua.)

¡Ah!

ALEJANDRO.

¿Qué tienes?

PABLO.

El agua me salpicó al rostro... ¡Salpicó como sangre!

FIN DEL DRAMA